

## INSTRUCCION Y EDUCACION.



La madre y el hijo, escena de familia.

La palabra educacion exige por si sola un tratado completo de moral; pero considerando que no vamos á escribir un libro, sino á hacer simplemente un artículo doctrinal, mas ó  
*Febrero de 1854.*

menos estenso, procuraremos reasumir en pocas ideas todo lo que debe constituir lo que llamamos educacion.

La educacion puede decirse que es la institucion moral

TOMO XII. 4

del hombre; el hombre instruido no es siempre el bien educado, así como el hombre bien educado no es siempre el hombre bien instruido. El perfeccionamiento de la educación, es la instrucción acompañada de la urbanidad, es la ciencia unida á la virtud, es la cultura del entendimiento junta con la cultura del carácter.

Mucho se ha escrito acerca de la educación, y sin embargo, en muy pocas partes hemos visto indicada esta distinción; también se ha visto generalmente á la educación convertida en un objeto de especulación para los moralistas.

La educación es una cosa sencilla que exige mas práctica que teoría; muchos cuidados y pocos preceptos, pero al mismo tiempo mucho amor. Vemos que la naturaleza es la que mejor educa al hombre, y no obstante, la naturaleza misma necesita ser auxiliada, y para ello tiene que hacerse entender la experiencia. El uso, el ejemplo, las costumbres públicas, y hasta las leyes, influyen mucho en la educación; pero todo esto no constituye una autoridad satisfactoria, porque la religión es la que verdaderamente, y de un modo mas directo hace la del hombre. Ella tiene autoridad para corregir los vicios y reformar las costumbres; ella hace de la benevolencia una virtud, y la da el nombre de caridad. Fuera de la parte de este gran principio de autoridad que modifica y perfecciona al hombre, puede verse por qué sucesión de cuidados y de esfuerzos llega el hombre á aquel desarrollo moral que debe distinguirlo de los hombres sin educación ó sin cultura.

La educación comienza con la infancia, en la que el niño indica ya su natural rebeldía, por los caprichos que es necesario contrariarle. La mujer es la primera preceptora del infante el primer instrumento de su educación, y acaso el último del hombre.

Todavía no se ha calculado bien el imperio que ejerce la mujer sobre los destinos de la humanidad, sin que nadie pueda despojarla de este santo privilegio, pues el mismo Dios la ha señalado su misión en la tierra, misión de benevolencia y de amor entre los hombres, y por eso la educación mas desgraciada, es aquella donde no se percibe siquiera la huella de esta autoridad femenil que atempera las pasiones fogosas por medio de la afección, y esparce sobre la sociedad humana un aspecto de condescendencia natural, que es el carácter exterior de la civilización.

Sin solicitarlo, estamos recordando la saludable influencia del cristianismo, porque el cristianismo dió á la mujer su dignidad, y la concedió el maravilloso derecho de servir de vínculo á la sociedad. En cuanto á la marcha gradual de la educación, la mujer participa de la influencia moral del hombre. El niño crece y se forma en el seno de la familia, bajo la autoridad del padre, pero también bajo las tiernas caricias de la madre; doble acción, y aun necesaria, á esta lenta y difícil cultura. En esta distribución de deberes para la educación, es preciso reconocer que ambas influencias marchan de consuno en busca de la unidad. La influencia del padre por la imagen de la autoridad, la de la madre por la imagen de la sumisión; la primera grave y austera, la segunda dulce y persuasiva; las dos aplicadas á preparar al niño hacia una vida común, donde el complemento de la educación será respetar la libertad de los otros, sin hacer el entero sacrificio de la suya.

Pero para el logro de esto mismo, esta educación de sociabilidad humana, ¿no tendrá necesidad de una acción es-

traña, y bastarán el padre y la madre para llevar á cumplido término el destino público de su hijo? Grande asunto de discusión es este para los moralistas. Y sin embargo, ¿sería oportuno discutir sobre asuntos que cada cual resuelve según su inclinación ó según las necesidades de su posición?

Existen familias donde la educación doméstica del niño es una cosa imposible. ¿Qué harán entonces? ¿qué hará el padre que debe todo su tiempo á su industria ó á sus trabajos de hombre público, ó de magistrado? Concedemos mucho á la mujer para la educación del niño; la concedemos mucho también para la educación del hombre. Pero existe una edad que no es la infancia ni la juventud, en la que la autoridad materna con sus mas dulces ternuras es insuficiente para calmar cierta predisposición rebelde que se despierta en el ánimo del joven hijo. Es una edad peligrosa que comienza á sentir el instinto de la independencia, en la que la naturaleza toma cierto arranque impremeditado, por lo cual es indispensable que la madre sea auxiliada por una persona que no pertenezca á la familia, por la autoridad de un profesor.

De otra manera ¿qué es la educación común sino el preludio de la vida? Si se quiere que el niño se predisponga á las virtudes del mundo, que viva en el mundo, el mundo del niño, si no nós equivocamos, es el colegio. La palabra colegio hace estremecer el corazón de la madre; pero es preciso que se considere la sociedad humana tal como ella es, y si queremos que el niño se eduque para vivir en paz con sus semejantes, también debe aspirar á que se acostumbre desde muy temprano á esta vida poniendo en práctica su condescendencia y su afecto.

La educación común es una preparación necesaria á las costumbres y las mútuas necesidades de la sociedad; arranca el egoísmo del corazón, engendra la benevolencia, atempera la vanidad, destruye la cólera, la envidia y casi todas las pasiones desordenadas del espíritu. Pero hay quien asegura que el colegio presenta otros inconvenientes. Concedemos; mas sin duda se referirán al colegio que tiene el descuido por sistema; los mismos inconvenientes presenta la sociedad. ¿Será posible vivir en el desierto?....

Hablamos todavía con la tierna madre á quien hemos considerado como el principal instrumento de la educación. Busque ella misma y escoja el colegio de su hijo; procure la seguridad de que su vida allí será dulce y pura por el trabajo y por el buen ejemplo; procure informarse de la virtud de los maestros y del pensamiento religioso que los inspira; pero si entrega á su hijo en manos de un mercenario, ¿qué puede esperarse de esta educación? La educación no debe ser un tráfico, porque en ese caso es infame. En épocas de sencillez, es decir, en los tiempos primitivos, la educación de las familias, la educación natural hubiera sido bastante para el destino social del hombre; pero nosotros no pertenecemos á esos tiempos. La religión, que es el vínculo de la gran familia humana, puede ella sola representar en la educación común este derecho primitivo de la educación natural, y si la religión no auxilia con su saludable prestigio al niño, cuya educación no puede suministrar su padre, este le habrá abandonado sin defensa de ninguna especie á las peligrosas iniciaciones de la ciencia humana; y cuenta con que no proponemos aquí la educación común como la mejor por lo que respecta á los estudios, sino la mas conveniente por lo que respecta á la educación moral del hombre. Nuestros preceptos serían tan engañosos como los de algunos padres,

si procurando indicarle un asilo de virtud para sus hijos, solo les designáramos un asilo de inmoralidad. Pero nosotros no convertiremos nuestros pensamientos acerca de la educacion en un sistema; conocemos la posibilidad de las aplicaciones, y conocemos á la vez que las aplicaciones no son posibles como no intervenga la religion, y la prueba de ello es, que todos los maestros de la infancia buscan en su ayuda el patrocinio de ella.

Tanto los padres como las madres, deben observar cuidadosamente el establecimiento donde han depositado á su hijo. Es indudable que la educacion descansa sobre la virtud; el maestro no podrá nunca dar esta flor de cultura en toda su lozanía, si los padres no le auxilian con la influencia natural de su amor. Muchas veces se vitupera el sistema del colegio, pero las mas, se debia vituperar tambien la conducta de algunos padres; de esos padres que no cumplen con sus deberes respecto á la infancia y respecto á la juventud, y se vengan ó se consuelan acusando á la educacion comun y al profesor, que nunca pudo cambiar en buena, una mala propension de su discípulo, ¿y por qué ha de ser tan desgraciada ó tan impotente la educacion comun? Siéntase el niño rodeado siempre de la influencia de la familia, no carezca de buenos consejos; consejos que guarden perfecta armonía con los ejemplos: haga el padre comprender su voz de autoridad, y la madre su voz de benevolencia; que la gravedad del uno se atempera con la dulzura de la otra; que nunca se designe al colegio como un lugar de castigo, que se le designe siempre como un dulce asilo; que el maestro una su inteligencia, á aquella inteligencia cuidadosa y tutelar; que emplee en vez de un rigor escetivo, tiernas precauciones, para que el niño desarrolle su natural, bajo la impresion de tantos cuidados, y al mismo tiempo que el contraste de los caracteres se forme con los mismos ejemplos y con los mismos consejos; de esta manera, nos parece que los padres comprenderán, que la educacion comun, no es tan dañosa como quiere suponerse.

De todas maneras, no siendo nuestro ánimo sostener una tesis puramente teórica, repetimos que la educacion en general, es lo que hace al hombre *sociable* ó *social*. Por eso nos determinaremos á reconvenir á nuestra época que prefiera la instruccion á la educacion de las nuevas generaciones; siendo así, que la instruccion que se ofrece hoy á la juventud, es incompleta, al paso que seria siempre muy fácil dar á la educacion una perfeccion sólida; y esto es mas sensible todavía, cuando se trata de la educacion del pueblo. Los establecimientos de enseñanza se multiplican; ciertamente; pero digamos que mejora experimenta por ello la educacion. Preferimos los buenos sistemas sobre la educacion pública, á las teorías inaplicables sobre los adelantos de la instruccion del pueblo. ¿Qué cosa es la instruccion del pueblo? ¿y qué puede ser?; penetran los hombres en el carril de las quimeras, y nada se practica para su verdadera felicidad. Los beneficios de la humanidad son aquellos que se aplican para que aparezca el imperio de la virtud en el mundo. La civilizacion nace de la disposicion de los hombres á poner en comun sus bienes y sus males, y esta disposicion solo puede inspirarla la virtud. En su consecuencia la instruccion del pueblo, debe tener por base la educacion que recibe de la religion; únase la ciencia, inherente á las condiciones de la vida social, y déjese despues obrar al genio de cada hombre. De esta manera se habrá trabajado

mucho para el progreso de las luces, y se habrá hecho no poco por el bienestar de la humanidad.

Sin embargo, no ponemos límite posible á la educacion, y bajo este nombre comprendemos todo lo que es objeto de estudio, pues todo debe encaminarse al perfeccionamiento moral del hombre. Las ciencias, las letras, las artes, todo puede y debe ser un elemento de perfeccion; se encuentran virtudes en todos los estudios humanos, lo mismo en los fútiles, que en los mas severos. ¿Y porqué no hemos de decir algo relativamente á las bellas artes? Las bellas artes entran ordinariamente en la idea que se forma de la educacion, pero no se concibe debidamente su importancia ó su utilidad.

Las bellas artes son un ornamento de la vida; pero si se consideran por lo que son realmente, es muy fácil no encontrar en ellas mas que una futilidad del momento y un alimento de vanidad. Considerémoslas bajo un punto de vista mas filosófico y mas moral, y las bellas artes formarán parte de la buena educacion. Atemperan la austeridad de las costumbres, dan amabilidad á las virtudes y gracia al mérito. Las artes, no pueden por si solas hacer al hombre bueno, pero le hacen bondadoso y amable, y en esto consiste, si no nos equivocamos, el perfeccionamiento de la educacion.

Los sabios de la antigüedad dieron la debida importancia á la educacion. Quintiliano es admirable en los preliminares de su libro sobre el *Orador*. Parece una inspiracion cristiana sobre la infancia y sobre los cuidados que reclama la inocencia. Ciceron propagó en circunstancias especiales, bellos y sublimes pensamientos sobre asuntos de la misma índole; y Plutarco los reproduce con una perfeccion incomparable. La antigüedad, á pesar de sus gentílicos errores, tenia un instinto admirable hacia las cosas graves y santas. La muger de Pitágoras escribía á Ebula su amiga: «He llegado á entender que educas á tres hijos con demasiada delicadeza; el deber de una madre no es el de predisponer á sus hijos á la voluptuosidad; consiste en acostúbrarlos á la temperancia. Queriendo cumplir con los deberes de madre tierna, teme representar el papel de un peligroso *adulador*. Educas á tus hijos en medio de los regalos y de la molicie, y presumes que llegará un tiempo en que renuncien á ella valerosamente. Inspiras á tus hijos el gusto por los placeres, y te lisonjea la idea de que en un momento dado preferirán los trabajos y las privaciones. ¡Ay! mi querida Ebula; piensas que los educas bien, y lo que haces es corromperlos. No conviertas á tus hijos en espíritus pusilánimes ó en masas inactivas.... Adquieran la costumbre de hacer frente á los dolores y á los peligros; y si quieres que un dia no sean esclavos, prepáralos para que nunca sean vencidos. A su edad, nada les es indiferente. Trabajo me cuesta creer lo que me han dicho; me han asegurado que te estremeces cuando lloran tus hijos; que tu principal estudio consiste en hacerlos reir, que tienes la debilidad de reir con ellos cuando te insultan y cuando levantan la mano á su nodriza. Sé tambien que te ocupas mucho en adquirirles la frescura en el verano y el calor en el invierno. De ese modo no se crian, ni se educan los hijos de los pobres; mientras menos delicado es el alimento que se les dá, mas se robustecen.... ¿Quieres, por ventura, educar una raza de Sardanápalos, y destruir en su nacimiento el varonil vigor de tu posteridad?... Dime, querida Ebula, ¿qué preten-

des hacer de un niño que llora si se tarda un instante en darle de comer; que desprecia la comida, sino se le presentan manjares de su gusto, que languidece no bien empiezan los calores, que tiritá al mas leve frio, que se enfada si se le reprende, que se encoleriza cuando se le quebrantan sus caprichos, que se entrega á la mas vituperable molicie, y que no adquiere mas que hábitos perniciosos y afeminados? Ten entendido que una educacion voluptuosa no producirá mas que un esclavo. Si quieres que tus hijos sean hombres, aléjalos de las estremadas comodidades; sea su educacion austera, soporten el frio, el calor, el hambre, la sed; sean condescendientes y benévolos con sus iguales; tengan respeto á sus superiores; de este modo tendrán pureza de costumbres y verdadera nobleza de sentimientos (1).» Esto, indudablemente es bello á la par que sencillo; en estas máximas se advierte un buen sentido y una verdad. Nuestros preceptos de educacion están en el cristianismo, y tal vez por eso nos cuidamos menos de las aplicaciones. Pero han aparecido genios singulares, talentos extraordinarios, ó almas afectuosas, que de tiempo en tiempo nos han indicado la senda de nuestros deberes con relacion á la familia, y entonces nuestros libros han tenido un sin número de puntos de vista que no tuvieron jamas los tratados antiguos. ¿Qué filósofo hubiera sospechado las virtuosas inspiraciones de Fenelon? Nada mas moral, nada mas instructivo y provechoso para la humanidad que la escuela del cristianismo.

(1) *Musée moral.*

El genio antiguo confió la educacion á los esclavos, y esta educacion no podia producir otra cosa que virtudes bárbaras y una política feroz. Nuestra educacion, no es ciertamente la mejor, pero no es culpa del genio cristiano, sino de nuestras pasiones ó de nuestra incuria. En vez de esclavos tenemos algunas veces mercenarios, y como puede conocerse, la diferencia no es muy grande.

A estas consideraciones relativas á la educacion, se adhieren algunas cuestiones que dilucidaremos en otra ocasion. Mucho se ha hablado sobre la libertad de educacion como de un derecho político; pero creemos que seria necesario hablar de ella como de un derecho natural. El padre educa á sus hijos para cumplir con su deber de padre, y nunca nos atreveremos á suponer que la legislacion humana pueda atacar en ninguna circunstancia, ni restringir un derecho tan sagrado. Por lo cual, nos parece que la libertad de educacion es distinta de la libertad de enseñanza. La libertad de educacion es natural, y la libertad de enseñanza es política. Tengan esto muy presente los publicistas para no introducir la confusion en las disputas que de suyo sugiere un asunto de tanto interés.

Tambien hablaremos en lo sucesivo de todo cuanto diga relacion con los establecimientos de educacion, con los colegios, escuelas, academias, etc., etc., y terminaremos estas consideraciones diciendo, que el perfeccionamiento de la educacion, consiste en la union de la ciencia con la virtud.

J. A. BERMEJO.

## ESTUDIOS LITERARIOS.

### EL MUNDO Y LOS HOMBRES.

(VISION.)

Yo tuve un sueño y aun dudar pudiera  
Si fué verdad lo que soñando vi.

(Byron.)

I.

Yo soñaba que una sífide  
Me abría sus brazos bellos  
Y herido por los destellos  
De su rostro seductor,  
Lleno de amor é ilusiones  
De esperanza y fortaleza,  
Alcé altivo mi cabeza  
Para mirarla mejor:  
Pero al mirarla.... de pronto  
Como tocado de un rayo,  
Entre alegría y desmayo  
Ví un paisaje encantador.

II.

Y era una verde isla, tapizada  
De jazmines, violetas y clavel,  
Arrullada del mar, que blandamente  
Estendía las olas á sus pies;

Donde habia mil árboles estraños,  
De fantásticas formas y color,  
Ocupados por aves preciosísimas,  
Ricas de pluma y armoniosa voz;

Fresca brisa corria desatada  
Sacudiendo las hojas al pasar,  
Que con la rama trémula oscilaban  
Si nó de pena de placer quizá;

Un sol esplendoroso, mas templado,  
Derramaba á torrentes su alma luz,  
Sin que abrasaran sus destellos rojos  
Ni perdiesen por eso su virtud.

Los mansos arroyuelos murmuraban  
Destrenzándose en hebras de zafir,

Y entre adelfas y lirios serpeaban  
Como entre flores pérfido reptii

Era eterna la fértil primavera  
En aquella morada celestial,  
Porque nunca en sus plácidas llanuras  
Rebramó desatado el huracan.

Gigantescas montañas se elevaban  
A lo lejos en varia confusion,  
Y cual orla de estrellas oprimian  
Su flexible cintura en derredor.

Mientras el mar sobre arenas reclinado,  
Como argentada plancha colosal,  
El nombre del Eterno murmuraba  
Las playas voluptuosas al besar..

Cuando envueltas en velo vaporoso  
Se veían las sombras descender,  
Y la noche de estrellas coronada,  
Estendia su manto de tropel;

El olor de los nardos y azahares,  
De las hojas el lánguido gemir,  
El brillo de la luna entre las ondas,  
Y el viento de la noche tan sutil;

En el alma oprimida despertaban  
Una idea de dicha perennal,  
Una idea de amor indefinible  
Que se puede sentir, mas no espresar.

Y fuentes, y arboledas y jardines,  
Y pájaros y brisas, luna y sol,  
Vertían por do quier, irresistible  
Un prisma de ilusion encantador!

### III.

Pero atras de las montañas  
Al doblar un cabo estrecho,  
Se oía el mar tremebundo  
En irritado ademan,  
Cual leona desesperada  
Batiéndose los ijares,  
Con las olas espumosas  
Que levanta el huracan.

El huracan, que entreabre  
El seno del mar profundo,  
Y deja ver un abismo  
En su cauce aterrador;  
El huracan, que de un soplo  
Hace hervir en sus entrañas  
La tromba, que de repente  
Como un ángel vengador

Al estampido del trueno,  
Desde el fondo de las aguas,  
Grande, poderosa, inmensa

Se ve rápida ondear;  
Y rodando velozmente  
Sobre el mar en convulsiones,  
Insaciable va tragando  
Cuanto alcanza á vislumbrar.

Y las nubes en tumulto  
Que se chocan resonantes,  
Como bandadas de cuervos  
Agolpándose al confin:  
Los relámpagos y truenos  
Que con ruido inimitable,  
Se divisan repentinos  
Entre franjas de carmin.

Era una mar tormentosa  
Imposible de pintaros,  
Rodeada por todas partes  
De espantosa lobreguez.  
Mar terrible que ocultaba  
En sus costas verdinegras,  
Vorágines que encontradas  
Rebramaban á la vez.

Sin embargo, al ronco estruendo  
De los rayos y centellas,  
Mil barquillas se veían  
En medio á la oscuridad,  
Unas grandes y lujosas  
Con flamantes gallardetes,  
Otras pobres y pequeñas,  
Luchar con la tempestad.

Solamente se escuchaban  
Las plegarias y lamentos,  
Los gritos é imprecaciones  
De pena ó satisfaccion;  
Que á intervalos exhalaban  
Los inespertos nauceros,  
Perdidos en aquel piélago  
De angustia y desolacion.

Porque el obstáculo grande  
Que á todos desesperaba,  
Era la caterva inmensa  
Que se agitaba enredor;  
Pues cada uno quisiera  
Anonadar á los otros,  
Para estando libre y solo  
Ver el camino mejor.

Asi, ninguno escuchaba  
Del náufrago los clamores  
Ni se arrojaba á las ondas  
Si le veía caer:  
Antes bien, mas inhumano  
Con los remos golpeaba  
Al misero que anhelante  
Y pronto ya á perecer

Con las ansias de la muerte,



Crispada tendia la mano  
Al timon ó á los costados  
Del alijero batel:  
No hay mas lugar, le decian,  
Y en su bárbaro egoismo,  
¡A fondo, á fondo! añadía  
Aquella chusma cruel!

Cada vez que los relámpagos  
Iluminaban las aguas,  
Se animaban los semblantes  
Con satánica espresion:  
Y aparecian entonces  
Tan diabólicos y horribles,  
Como los diablos que Milton  
Ha pintado en rebelion!

Sus ojos centelleaban  
De placer y de alegría  
Cuando veian hundirse  
Algun esquife veloz:  
Y exhalaban de repente  
Un grito de condenado,  
Cuando los otros gimiendo  
Tarde invocaban á Dios!

Pero esos mismos que altivos  
Iban con la frente erguida,  
Poco despues en un banco  
Se estrellaban al pasar.  
Entonces era los gritos,  
Los ayes y juramentos,  
Al ver las olas rugientes  
Su débil pino tragar!...

Espantosa era y horrible  
Aquella escena, y muy propia  
Para formarse una idea  
Del infierno y su poder.  
Una noche de tinieblas  
Tendiendo sus negras alas  
Sobre el mar, que se levanta  
Para de nuevo caer;

Cuyo silencio perturban  
El ruido de tantos remos,  
Confundido con las voces  
De una inmensa multitud;  
Mientras las olas rebran  
Silba el viento, ruge el trueno,  
Y el rayo á intervalos lanza  
Su opaca, amarilla luz!...

Pero si alguno llegaba  
A doblar el cabo, al punto  
Suave luz y fresca brisa  
Le venian á compaÑar.  
Y de allí á algunos instantes  
Siguiendo siempre la costa,  
Hallaba la verde isla  
Que hemos visto al empezar.

## IV.

Y apenas dichoso tocaba la orilla  
No mas recordaba la saña del mar,  
Ni tantos peligros, ni tantos afanes  
Que altivo afrontara con ánimo audaz.

Saltaba en las playas y plácido aroma  
Lánguido desmayo vertia en su sien,  
Giraba sus ojos y en torno veia  
Fantasmas de gloria, de amor y embriaguez.

Alli realizaba los sueños de oro  
Que el alma en delirio soñaba feliz;  
Alli un venturoso dorado presente,  
Sucedia al incierto, falaz porvenir.

Y por un instante risueño creia  
Que eterna seria su bella ilusion,  
Y que siempre, siempre con el mismo encanto  
Su cielo tendria magnífico un sol.

Por eso anhelante con ávida mano  
Llevaba á sus labios la copa de miel,  
Y ébrio repetia, de gozo abrumado,  
«¡Es esta la dicha que un tiempo soñé!»

Y luego ya exhausto, de placer rendido,  
Cerraba sus ojos en blando sopor,  
Henchido aun el cáliz dó apurado habia,  
Cuanta dicha encierra la inmensa creacion.

## V.

Mas pronto despertaba  
De aquel dorado sueño,  
Y abrumador fastidio,  
Le perseguia tenaz,  
Su corazon en calma  
Con ardoroso empeño,  
Cansado de su dicha  
Le parecia faláz.

Y todo aquel encanto  
Veloz desaparecia;  
Cubiertos por las sombras  
Del tedio matador,  
Sus ojos fatigados  
Sin vida ni armonía,  
Hallaban aquel cuadro  
Tan bello y seductor.

El canto de las aves,  
El ruido de las fuentes,  
El ámbar de las flores,  
El cielo de zafir,  
En vano le brindaban  
Sus galas esplendentes,  
Tranquilos arrullando  
Su plácido vivir.

Y á veces se decia



Con pena indefinible:

«¿Para esto delirante  
»Mi juventud gasté?  
»¿Para esto tantas veces  
»La furia irresistible  
»Del piélago inclemente  
»Impávido arrostré?

«He visto á mis amigos  
»Cruzar en la tormenta,  
»Tendiéndome sus brazos  
»Sin encontrar piedad!  
»¿He visto tantas flores  
»Sobre la mar violenta  
»Rodar hechas pedazos  
»En su profundidad!

«En medio del peligro  
»Por arribar al puerto  
»Cuanto era peso, al agua  
»Para salvarme eché:  
»Mi honor y mis principios,  
»Cual gota en el desierto,  
»Bajo la mar inmensa  
»Quedaron con mi fé.

«Pero guardé mi audacia,  
»Mi cólera y despecho,  
»Mi sed de sublimarme,  
»Mi orgullo y ambición:  
»Y mas apresurado  
»Sentí latir mi pecho,  
»Cuanto mas pavoroso  
»Bramaba el aquilon.

«¿Por qué ahora indiferente  
»Mi corazón no late?  
»¿Por qué ahora no palpita  
»Con irritado afán?  
»¿Por qué con sus deseos  
»No mas ciego combate?  
»¿La calma ya me abruma,  
»Quisiera el huracán!»

Así se lamentaba  
El mísero, que había  
Por esos mismos bienes  
Jugado el porvenir;  
Y el alma anonadada  
Por cruel melancolía,  
Sufriendo, la cabeza  
Bajaba sin gemir:

O con mayores bríos  
De nuevo en su locura  
Al seno se lanzaba  
Del encrespado mar,  
Para encontrar al menos  
Otra isla de ventura,  
O en las mugientes olas  
Sus penas acabar.

VI.

¡Qué es el mundo!... tempestuoso río  
Que negra noche envuelve, río de sangre,  
Dó víctima ó verdugo, el hombre impío  
Cumple luchando á muerte su misión:  
Y esa isla encantada, los ensueños  
De una dicha ideal y engañadora,  
Que apenas realizada, se evapora  
Cual la luz de un cometa en la estension!

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

## LOS DOS DESAFIOS DEL OBISPO.

ANECDOTA HISTORICA.

A mediados del siglo XVII, un obispo de Montauban, en Francia, llamado Pedro Bretier, hizo construir al S. E. de la ciudad, y á la estremidad de su barrio principal, un jardín que bien pronto fué mirado, con razón, como la maravilla de la provincia. Figúrense nuestros lectores una magnífica esplanada, bañada en toda su longitud por un cristalino y fresco riachuelo, medio oculto entre los álamos blancos y los sauces, y desde la cual se descubre en frente, la llanura inmensa del Languedoc, que termina á lo lejos la plateada gasa de los Pirineos: á la derecha, las lindas casas encarnadas y blancas de Montauban, que brillan con el sol, y se reflejan deslumbradoras en el Tarn: á la izquierda, un valle delicioso en que se ven alternativamente bosques, prados, viñedos y casas de campo con sus persianas verdes; y por la espalda, los últimos collados del Alto Quercy, desarrollando sus azulados anillos hácia el Albigeois, y tendrán una idea del golpe de vista que se disfruta desde el jardín del Obispo. El digno señor Bertier, que no tenía mas defecto que una escesiva afición á las obras de albañilería, no había escaseado nada para embellecer aquel Eliseo: terraplenes monumentales le circuián por el Oeste, separando una admirable plataforma, de los grandes cuadros de cesped, que descendían en suave declive hasta el riachuelo. Un pabellón de ladrillo de arquitectura noble y elegante, se elevaba en medio de aquella plataforma, que se hallaba rodeada de calles de plátanos de un grueso y una elevación extraordinaria, y cortada de trecho en trecho por cuadros de flores con preciosas empalizadas. De aquel orden y de la hermosura del sitio resultaba un conjunto tan encantador, que el ilustre refugiado de San German, Jacobo II., no pudo menos de exclamar al poner el pie en el terraplen del Tescou: *Dios puede hacer cosas mas bellas, pero no ha hecho este jardín.*

Como nuestros lectores presumirán sin duda, el jardín del Obispo, era el paseo favorito de las personas de buen tono: los sucesores del ilustrísimo Bertier abrían con gusto las puertas de su Berja de hierro al público, y todos los días de fiesta, las familias mas notables iban á recrearse por las espaciosas calles de plátanos. En aquellas ocasiones se concedía completa libertad á los concurrentes al paseo, y si el prelado se encontraba allí, en el momento de entrar los paseantes, procuraba alejarse por no incomo-

darlos, y se ocultaba detrás de los sotos y empalizadas, atencion que los habitantes de Montauban le agradecian en estremo.

Probablemente obedeciendo á aquel sentimiento de delicada hospitalidad, el 27 de abril de 1768, el dueño del jardin acababa de sentarse con un obeso y hábil administrador de los bienes de los pobres, debajo de una especie de empuarrado enteramente cubierto por las ramas de los lilos en flor.

El dia estaba apacible y delicioso: el sol de abril espar-

bondad, y en la sonrisa del prelado oculto entre las lilas,

Monseñor Mariano Francisco Víctor Le Tonnellier de Breteuil, del consejo de S. M., obispo y señor de Montauban y abad de Belleperche, ocupaba la silla episcopal desde el 7 de junio de 1764: en aquella época tenia cuarenta y dos años, y sin contradiccion era el hombre mas hermoso é ilustrado de su diócesis. Los pobres, que eran en gran número, por lo riguroso de los dos inviernos anteriores, le miraban como á un padre, y los de la supuesta religion reformada, como entonces se decia, acostumbrados á menos to-



Los señores Breteuil y Bonrepos en el empuarrado del jardin.

cia sus templados y suaves rayos sobre las violetas y junquillos, y de cuando en cuando, subia desde el valle una ráfaga de viento fresco y embalsamado de perfumes. Así era que se oian muchas risotadas por los paseos, y la conversacion se hacia cada vez mas alegre y bulliciosa: hay en efecto en la luz, y en el delicado aroma de un hermoso dia de primavera, cierta cosa que dilata dulcemente el corazón, y que abriéndole á la alegría, le prepara tambien para las mejores impresiones. Estas felices disposiciones de ánimo, se manifestaban evidentemente en las miradas llenas de

lancerancia, aplaudian su indulgente bondad. Pronto veremos que estos elogios, y especialmente el último, eran bien merecidos.

No hacia aun cinco minutos que se habia sentado debajo de los lilos con su administrador, cuando éste, haciendo un esfuerzo violento se levantó de repente al oír el sonido de una voz en la calle de árboles inmediata.

—Padre de los pobres, le dijo el señor de Breteuil sonriéndose: ¿estáis loco?

—Perdon, mil veces perdon, monseñor, le contestó so-

focado Miguel de Bonrepos; pero... pero es absolutamente indispensable que os deje.

—¿Y por qué?...

—Porque acabo de oír...

—Una conversacion que no me desagradaria escuchar hasta el fin: asi, pues, caballero administrador, hacedme el obsequio de permanecer en vuestro sitio, y tener un poco de paciencia.

Esto último era lo mas difícil: el respetable Miguel Bonrepos, consejero honorario de Hacienda, y tesorero del hos-

monseñor Breteuil estaba sumamente complacido, y mientras que el terrible tesorero se indemnizaba del silencio que se le habia impuesto, lanzando ahogados sollozos, y golpeando á menudo el suelo con el pie, seguia aquella conversacion con atento oido, y con semblante que no era nada desfavorable.

Afortunadamente para salvar al caballero de Bonrepos de una apoplejia inminente, una porcion de hermosas damas, conducidas por el noble Domingo Antonio de Puliguen, primer presidente del tribunal de Cuentas, que á



El hijo de Lacaze y Maria de Bonrepos en el emparrado del jardín.

pital, no poseia precisamente la virtud que acababa de exigirle su pastor: imponíase, pues, un sacrificio inmenso, y efecto de la violencia el color de su rostro era tan encarnado como el de la grana, y exhalaba fuertes y dolorosos suspiros. Sin embargo, la conversacion entablada al otro lado del emparrado era de tal naturaleza que pudiera legitimar aquel arrebatado de cólera: jamás unos labios de veinte años murmuraron palabras mas respetuosas é irreprehensibles, y seguramente, los dos ángeles custodios que escuchan con tanto cuidado lo que se dicen los jóvenes, no tenian necesidad de apartarse de allí, ni de desplegar sus blancas alas. Asi era, que

TOMO XII.

fuerza de jovialidad y de talento, agrupaba todas las señoras en derredor de sus encanecidos cabellos, interrumpió á los jóvenes interlocutores. Al ver á los recién llegados, huieron como pajarillos asustados, pero no con tanta ligereza, que el señor de Breteuil no pudiese ver, apartando un poco las hojas de los lilos, una joven encantadora, y un subteniente del regimiento de Languedoc, á quien sentaba perfectamente su uniforme blanco: y volviéndose al punto hacía el tesorero que ya no podia contenerse:

—¿Me esplicareis, mi querido Bonrepos, le dijo, la causa de vuestra furia?

—Es muy natural, le respondió éste enjugándose la frente que tenía bañada en sudor: esa mona... esa remilgada...

—¿Cuál?... ¿la que lleva la manteleta de color de rosa?

—Es mi sobrina... mi sobrina única, monseñor...

—¿Y es eso lo que escita vuestra cólera?

—La he prohibido cien veces que hable á ese réprobo.

—Pues á mí me parece muy bien, querido amigo: ya le habia yo visto en casa del señor intendente, y espero que me permitireis interceder por él en este momento.

—No me digais nada, monseñor...

—¿Y por qué?

—Porque me pedis un imposible.

—Bueno, no hay nada mas fácil que casar á dos jóvenes... sobre todo cuando puede tenerse la seguridad de que no opondrán ellos el menor obstáculo.

—Os repito, monseñor, que eso es imposible por tres razones... diez veces de mucho mas peso que yo....

—Me asustais... veamos la primera.

—La primera es, que ese buen mozo no tiene nada...

—La primera razon es grave, respondió el obispo sonriéndose con maliciosa intencion, que seguramente no se hubiera escapado á aquellos de quienes el digno administrador tenia la honra de ser conocido. Dotado de todas las virtudes cristianas, el caballero Bonrepos no tenia mas que un defecto, que no provenia de su corazon, sino de su estómago; como nadie poseia un apetito tan formidable, era avaro por temor de morir de hambre; los demas comen para vivir, pero él temblaba de morir sin comer. Y sin embargo, hasta las mismas leyes de la Iglesia habian cedido en presencia de su vientre; por dispensa especial, el robusto tesorero estaba autorizado para usar en su colacion un pan de cuatro libras. Pero ¡ay! era una concesion harto pequeña!... *vox clamabat semper in stomacho!*... y entonces se estableció entre aquella necesidad imperiosa é irresistible, y la severa exactitud con que procuraba cumplir sus deberes, una lucha de las mas divertidas, si no hubiese sido tan respetable.

Cuando estaba á punto de concluir con el pan de cuatro libras, decia con voz doliente á su criado:

—San Juan, ¡un poco de queso para acabar este pedacito de pan!...

San Juan cortaba entonces como media libra de queso de Roquefort, y volviendo la cabeza á la derecha, le ponía el plato, que el buen hombre recibia inclinando su cabeza a la izquierda. Luego, pasados algunos minutos, la voz doliente repetía:

—San Juan, ¡un poco de pan para concluir este pedacito de queso!...

Y continuaba la misma maniobra, hasta que el criado se hacia el sordo, lo cual nunca ocurría sin que su amo hubiese consumido una cantidad razonable.

La sonrisa del obispo queria, pues, decir: «¡Ah! ¡si ese atrevido amante tuviese mis derechos de caza y pesca de Belleperche!...» Bien sea que el caballero Bonrepos lo adivinase, ó que juzgase suficiente la primera razon, no espone la segunda; pero su ilustrísima le volvió á preguntar cuál era.

—La segunda razon es mucho mas grave: ese jóven...

—¿Y qué, Bonrepos?

—Pues bien, monseñor, sospecho que en vez de la religion...

—¿Se ocupa en seguir los errores de los filósofos?

—Mucho peor que eso, monseñor, suponiendo que haya en el mundo cosa peor que los absurdos de Voltaire.

—Pues entonces ¿qué es lo que sospechais en él?

—Que profesa en secreto la falsa religion reformada.

—Lo sentiria por su alma; ¿pero quién os ha imbuido esa idea?

—El preboste de la compania de persecucion de malhechores de Guyenne, lo sospecha así.

—Felizmente el señor preboste solo sospecha, y como no es infalible, nos permitireis que dudemos, hasta tener mejores pruebas, de una cosa tan triste. De todos modos, ese matrimonio seria un medio de convertirle.

—¡Pero cuando yo os digo que es imposible!

—Veamos la tercera razon.

—Esta, segun piensa, os parecerá suficiente, contestó Bonrepos con voz alterada: por el que os interesais, es hijo de Antonio Lacaze.

—¿Algun cómplice de Pitoche ó de Renoumanque?

—¿Pues qué, monseñor, no conoceis á Antonio de Lacaze?

—No tengo ese honor.

—Plegue á Dios, dijo el buen tesorero haciendo sinceramente la señal de la cruz, librarnos de él al uno y al otro. Antonio Lacaze era ó es capitán del regimiento de la Tour du Pin, y á quien los coroneles de infanteria han hecho que se le dé la licencia, porque se divertía en matarles ó herirles todos los oficiales. Es un quimerista de profesion, que se bate siempre que juega, y mata siempre que pierde: hombre sin ley y sin fé, no respeta nada en el mundo; ni autoridad, ni justicia, ni religion, y que á vos mismo os atacaria como á otro cualquiera; si, monseñor, á vos mismo si os encontrase al paso. No conviene ser enemigo suyo, ni tampoco amigo, porque tan seguro se hallaria el uno como el otro; testigo el desgraciado Mazet de Castel-Sarrasin.

—¿El sillero de mi abadía?

—Estábais en Grandselve cuando murió, y nadie se atrevió á decir la verdad; habia perecido á manos de Antonio Lacaze.

—Lo ignoraba completamente.

—Hoy hace dos años: era la fiesta de San Alpiniano, y como ya sabeis que ese bienaventurado tiene la virtud de curar á los locos, no faltan nunca muchos de ellos aquel dia en el pueblecito de Castel-Sarrasin. Lacaze fué allí como los demas, pero en vez de dirigirse á tocar las reliquias del santo, lo cual le convenia mas que á nadie, se encerró en el parador de los Tres Reyes para beber y jurar segun su costumbre: la fatalidad condujo allí á Mazet y no volvió.

—Pero no se mata de ese modo á un hombre sin motivo alguno.

—Pues sin embargo, eso fué lo que hizo: ¡monstruo! Cuando el sillero entró, habia dos espadas encima de la mesa, y con pretexto de ver su fuerza, porque el pobre Mazet habia sido cuartelmaestre del Real Polonia, y pasaba por hábil en el manejo de las armas, le hizo tomar una de las dos espadas. El combate no fué largo. Apenas estuvo Mazet en guardia, cayó ensangrentado, atravesado de parte á parte.

—Pero eso es un asesinato...

—Tanto mas espantoso, monseñor, cuanto que la mis-

ma mañana, Mazet había cometido la imprudencia de presentarle su cuenta.

—Entonces fué un crimen.

—El parlamento opinó como vos, monseñor, y condenó á Antonio Lacaze á la pena de horca. Pero el rey necesita de esa clase de hombres cuando hace la guerra, y así...

—¡El capitán obtuvo el indulto!

—Pleno y sin restriccion alguna.

—Comprendo que la perspectiva de emparentar con él no os será muy lisonjera.

—Con solo pensar en eso pierdo el apetito... y tampoco os ocultaré que en cuanto sepa que se acerca aquí, me propongo ir á pasar unos dias en Bonrepos.

—Pues bien, mi intrépido Miguel, ese proyecto se aviene perfectamente con el que hemos formado de dedicar una semana á Belleperche: marchó mañana por la mañana, y ocupareis un sitio, digo mal, tres asientos en mi coche.

Al día siguiente, el obispo y el administrador estaban efectivamente en el punto convenido. Belleperche es una antigua abadía de la orden del Cister, que fundaron los señores de Castelmayran en 1145 para espiar sus culpas. Los pecadillos de aquel tiempo debían ser como los mas grandes de nuestra época, si hemos de juzgar por la munificencia de los fundadores, que por lo regular procuraban que la suma de su liberalidad igualase á la de su arrepentimiento, porque Belleperche pasaba por uno de los mejores beneficios de la orden. Sin contar la parte de los monges, y la no menos abundante de los pobres, producía á su abad, el señor de Breteuil, 40,000 libras de renta, que gastaba en seguir las huellas que había trazado el señor de Bertier. Así es, que el vasto edificio que se estiende á lo largo de la orilla izquierda del Garona, estaba cuidado con la mayor atencion y acababan de añadirse habitaciones de la mas esquisita belleza, según espresion del mariscal de Richelieu, gobernador de la provincia, que le había visitado poco tiempo hacia. En esta soledad agreste, pero magnífica, á donde no llegaba el bullicio del mundo, el obispo se complacia en entregarse al recogimiento con sus monges, hombres todos ellos de talento y de buen tono, y desde el balcon con su laboreada barandilla de hierro, que se reflejaba en las cristalinas aguas del rio, el mas rápido del Mediodía de la Francia, contaba los dias, que trascurrían tan velozmente como aquellas fugitivas aguas. En seguida, uno de sus mayores placeres en Belleperche era el paseo; las dos orillas del Garona forman inmensas y espaciosas calles de árboles, en que los álamos se elevan á una altura prodigiosa. Cuando se deja tomar vuelo á la imaginacion, debajo de aquellos árboles tan altos, tan derechos y tan verdes, entre el rio que corre espumoso por la izquierda, los escabrosos collados de Cordes-Tolosane, cubiertos de arbustos y retamas con flores de oro á la derecha, á los pies una alfombra de verdor sin límites, y sobre la cabeza ese azul tan vivo del cielo de los países meridionales, se olvida de donde se viene, lo que se quiere hacer, y se camina con los ojos cerrados sin saber á donde se va.

En ese estado delicioso se hallaba sumergido monseñor de Breteuil, la primera tarde de su llegada á Belleperche, y substrañéndose á los delicados obsequios del prior, se dirigió hacia sus predilectas calles de árboles de la orilla del Garona, al ponerse el sol; allí dejaba vagar su pensamiento

en alas de esa ilusion indefinida y dulce, que cuando la volvemos á encontrar inunda nuestra alma de un gozo inefable, y como sucede siempre en semejantes casos, absorto en sus meditaciones, no advirtió que había desaparecido del horizonte el astro del día. Solo al oír el lejano sonido de las campanas de la abadía, que tocaban á la oracion, pensó en la necesidad de retirarse: iba, pues, á efectuarlo, cuando repentinamente hirieron sus oídos los gritos de ¡socorro! ¡socorro!... ¡soy muerto!... que resonaban por la bajada de Cordes-Tolosane, le hicieron mudar de resolucion. Avanzando con intrepidez hacia el sitio de donde salían los gritos, llegó para ser testigo de uno de esos actos de violencia, que el brazo de la ley, aunque implacable en la represion, difícilmente consigne evitar en las provincias.

Un anciano, bien conservado todavía, aunque la palidez que cubria su rostro le hacia parecer decrepito, temblaba bajo la mano de un hombre como de edad de cincuenta años, que á pesar de su casaca de terciopelo encarnado, su chaleco blanco con flores de oro, y sombrero con galon, tenía las trazas de un saltador de caminos. Sujetaba con fuerza al anciano por la garganta, y no le soltó hasta que éste paralizado por el terror, perdió el uso de la palabra; entonces se dirigió á buscar dos espadas que pendían del arzon de la silla de su caballo, que pastaba tranquilamente á algunos pasos de distancia, se las presentó con un pape á su víctima, y la dijo que eligiese. Al oír semejante proposicion, el hombre que parecia próximo á espirar de debilidad y de terror un minuto antes, se trasformó como por encanto; su encorvado cuerpo se enderezó, sus brazos adquirieron vigor, sus ojos arrojaban chispas de indignacion y de cólera, y por un momento pareció capaz de sostener la lucha. Pero al ver las espadas desenvainadas, y la sonrisa de atroz satisfaccion que asomó á los labios de su adversario, aquel fuego se extinguió como había nacido, y rechazó con mano temblorosa el acero y el papel, que le alargaban alternativamente; pero aquello no era lo que se había propuesto el hombre del sombrero con galon.

—¡Por vida de!... señor avaro, ¿durará mucho tiempo ese juego...? es preciso escoger...

—¡Jamás!... contestó el otro con voz baja pero firme, ¡mátame!...

—¿No quereis firmar este papel?

—No.

—¿No quereis defenderos con esta arma?

—No.

El obispo redobló su atencion.

—Pues bien, viejo miserable, muere como un perro rabioso, y ve á cenar esta noche con el diablo, único que podría ahora arrancarte de mis manos..

—¿Lo creeis así, caballero?... dijo presentándose de repente monseñor de Breteuil.

Un rayo que hubiese caído á sus pies, no habría asombrado tanto al de la casaca encarnada: retrocedió, y no pudo articular mas que estas palabras: ¿quién sois?...

—No soy la persona de quien hablábais, contestó con tono severo el obispo, pero soy un soldado de su amo, un humilde servidor del que ha dicho: No matarás: y parece que llego á tiempo para recordar su prohibicion....

—¡Ah!... monseñor, vos me salvais la vida... exclamó el anciano poniéndose de rodillas.

—¿De manera, contestó el otro con un tono completamen-

te tranquilo, que tenemos el honor de discutir nuestras pequeñas disensiones á presencia del reverendo abad de Belleperche?... Monseñor, añadió quitándose respetuosamente el sombrero, permitidme que ponga á los pies de V. I. los homenajes del capitán Lacaze.

—Ya os conocia de oídas, caballero, y veo con pena...

—Que no valgo mas que mi reputacion... ¡Ay!... es demasiado cierto... pero ¿quién tiene la culpa, monseñor?...

en mí esa pasion que me ha perdido; todo lo he dejado en el tapete verde; el patrimonio de mis abuelos, la casa de mi madre, el dote de mi muger, que murió de desesperacion, y aun aconsejado por ese hombre, la herencia de mi hijo!... ¿Y creéis que esto no merece castigo?...

—Todo eso es sin duda muy odioso, pero no tanto como un asesinato...

—¡Un asesinato, monseñor!... estad persuadido de que



El señor de Breteuil y el capitán Lacaze. El desafío á la espada.— Pág. 37.

ese malvado, de que quizás os sentís inclinado á tomar la defensa...

—Sean cuales fueren sus agravios, no legitiman el homicidio...

—Me refiero á vos mismo, monseñor; escuchad. Cuando perdí á mis padres era muy rico, demasiado rico para mi edad y para mi razon. Ese hombre, antiguo criado de mi padre, se aprovechó de mi juventud é inesperienza para hacerme vicioso, y de mis vicios para apoderarse de mi fortuna. Merced á él, llegué á ser lo que soy, un hombre de mala compañía, un pendenciero y un jugador.... ¡Ah!... el juego... ¡el juego sobre todo!... Su pérdida prevision arraigó

todo se hará con sujecion á las reglas... Como veis, el viejo truhan es vigoroso y capaz de defenderse: en cuanto á su destreza en el manejo de las armas, la conozco; fué mi maestro, y puede luchar. Le repito, pues, delante de vos, la proposicion que acabo de hacerle, á saber: ó me da recibo de las 30,000 libras que se hallan en esa maleta en buenas monedas de oro, suma que equivale á la herencia de mi hijo, y que no representa ni aun la mitad de sus estorsiones usurarias, ó toma esa espada y se bate conmigo inmediatamente...

—Señor de Lacaze, os mando que dejeis marchar á ese hombre...

—En cualquiera otra ocasión, monseñor, estoy á las órdenes de V. S. I., pero ahora, ese pícaro, firmará ó se batirá....

—¿Sabeis que soy consejero del rey?

—Sí, monseñor.

—¿Qué tengo el mero y misto imperio, como abad de Belleperche, y que os encontrais en mis tierras?

—Lo sé.

—¿Y que os puedo hacer ahorcar mañana del mas alto de esos álamos?

—Podeis hacerlo, monseñor, pero no podeis salvar á ese hombre...

El señor de Breteuil, lanzó una mirada al usurero, que

—¡En guardia contra vos, monseñor!

—En guardia, asesino de Mazet, si no eres un cobarde...

Al oír estas palabras, Lacaze se exasperó y se cruzaron las espadas.

En cuanto se trabó el combate, el usurero recobró fuerzas para huir... se alejó con ligereza trepando por el collado de Cordes, en donde no daba la claridad de la luna, y no pudo ver, que despues de algunos minutos de combate, una de aquellas hojas, cuyo crugido le llenaba de terror, voló de repente á diez pasos de Lacaze, y que éste, contuso en la frente con un golpe del pomo, cayó á los pies del obispo: su aturdimiento no fué de larga duracion. Al levantarse, se encontró enfrente de su vencedor que todavia pedia perdon



El señor de Breteuil y Lacaze. El desafío al ajedrez.—Pág. 39.

lívido y tembloroso como una hoja, permanecía clavado en su puesto.

—Pero ya veis que no puede defenderse, y que seria un asesinato.

—Me importa muy poco... y el capitán levantó su arma.

—¿Quereis asesinarle delante de mí?... pues bien, no... no sereis homicida... exclamó el obispo fuera de sí, apoderándose de una de las espadas. En guardia, caballero Lacaze, y Dios me perdone, pues no tengo mas medio que este para evitar un crimen.

á Dios por el combate, y le tributaba gracias por la victoria.

—Monseñor, le dijo respetuosamente, buscaba á mi maestro de esgrima, y no creia encontrarle debajo de vuestro roquete: sin embargo, me habeis batido, y no por eso dejo de ser el mas humilde y adicto de vuestros servidores.

—Si eso es asi, caballero Lacaze, dejemos á un lado todo rencor, y venid á cenar conmigo á Belleperche: alli tal vez se os presentará ocasion de un desquite.

El capitán aceptó, pero á su pesar, porque no renuncia-

ba fácilmente á sus proyectos, y en las miradas que al marcharse dirigia hácia el lado de Cordes, el obispo conoció muy bien que el usurero no habia conseguido mas que un breve plazo. Se propuso pues completar su buena obra salvando á aquel miserable, ahorrando un nuevo crimen á Lacaze; y despues de volver al padre al verdadero camino del hombre de honor, y del cristiano, casar al hijo con la sobrina de Bonrepos. Para conseguir este triple objeto, era necesario no perder de vista al espadachín, y por eso le condujo á la abadía, y habló en voz baja al lego encargado de las llaves, en cuanto atravesaron la primera puerta.

Si indudablemente nadie aguardaba aquella noche allí á Lacaze tres personas esperan á S. I. con viva impaciencia: el cocinero inquieto por la comida que se iba enfriando, el hambriento Bonrepos cuyo mal humor iba en aumento á medida que computaba el tiempo que habia trascurrido desde que deberian haberse sentado á la mesa, y el prior, encargado de la importante pero difícil mision de aquietarle y hacer que tuviese paciencia. En vano habia recurrido para ello á los medios mas ingeniosos: Bonrepos con apetito era como el milano de la fábula. Apenas escuchaba las narraciones, que en otras circunstancias hubieran cautivado toda su atencion; y hasta escuchó sin decir una palabra la relacion de una pesca tan abundante que el cocinero de la abadía, con solo las lenguas de las carpas, hizo un pastel de un tamaño enorme. Desconcertado por aquel silencio, el prior estaba decidido á salir del salon, cuando sonó la campana.

—¡Ya está ahí monseñor!... Y diciendo estas palabras con un suspiro de inefable contento, el tesorero se lanzó hácia la puerta: pero con grande asombro del prior cayó al punto sin movimiento sobre un sillón, sin voz, y con la mirada vagarosa. El obispo entraba sonriéndose con Antonio de Lacaze.

—Os he hecho esperar, señores, pero repararemos el tiempo perdido. ¡A la mesa, y estad contento, Miguel! os traigo uno de vuestros antiguos amigos: ¿no es verdad, capitán, que conocéis á Bonrepos?

—No muy particularmente, monseñor, pero tengo suma complacencia en verle, porque deseo decirle algunas palabras.

—Pues bien, decidse las en la mesa.

—No tengo hambre, murmuraba Bonrepos: pero á una mirada de Lacaze se levantó y le siguió suspirando.

La cena fué muy alegre: S. I. se reía á carcajadas de la gravedad cómica del capitán, y del terror de Bonrepos. Este se hallaba en un tormento, y siempre que su vecino volvía hacia él su siniestra mirada, le acometían convulsiones nerviosas, que hacían crujir el sillón en que se hallaba sentado. Así era, que quizá por la primera vez de su vida, suspiraba por la *accion de gracias*, que miraba como el fin de su suplicio, y que no fueron mas que el principio de él. En efecto, para corregir de un modo suave la avaricia de tesorero, le plugo á S. I., comprometerle á una partida de ajedrez con el capitán. Lacaze sabia perfectamente todos los juegos, y aunque su adversario no era de los mas débiles, comenzó con su taciturnidad y sangre fría habituales, á hacer que pasasen á su bolsillo los queridos luises de Bonrepos. Fácil es comprender la angustia y desconsuelo de éste, cuando al fin de cada juego, se veía precisado á introducir la mano hasta las profundidades de su bolsillo, ar-

rancar de ellas uno de aquellos amigos adorados, y entregarle al hombre que mas aborrecía en el mundo. No decia nada, pero su corazón estaba oprimido por la rabia, y exhalaba de cuando en cuando unos suspiros tan tristes, que parecían sollozos.

Aquella situación tan violenta, duró hasta que su bolsa quedó vacía. Como jugador experimentado, Lacaze observó al punto que el tesorero de los pobres no tenia ya nada que perder, y bajo pretexto de ir á ver su caballo; se apresuró á salir del salon, resuelto á ver si tenia la misma suerte en su sangrienta partida contra el usurero de Cordes. Pero el hombre propone y Dios dispone: no debía experimentar aquella satisfaccion: detenido á la puerta del vestíbulo, volvió á presentarse trémulo y pálido de cólera.

—¿Estoy preso, monseñor?

—¿Porque me haceis esa pregunta? dijo el obispo, dejando sobre una mesa que tenia al lado el libro en que leía.

—Porque me han dicho en la portería que no me abren.

—Y oshan dicho bien, porque ya son mas de las nueve: caballero Lacaze, vos que sois militar no debeis ignorar que cada plaza tiene su consigna. Estamos aquí en el fuerte del Señor, y aunque no tengamos por armas mas que nuestros rituales y breviarios; llamados todos los días á combatir al mas terrible de los enemigos, necesitamos estar vigilantes y firmes en la disciplina.

—Conducid á vuestros monges como gustéis, monseñor sois su comandante y nada tengo que oponeros: pero como no pertenezco á este regimiento, tened la bondad de franquearme la puerta del campo, porque tengo que hacer esta noche...

—¿En Cordes-Tolosane, no es así?

—¿Y aun cuando lo confesase!...

—Confesadlo, capitán, y no os obstineis en negar el objeto con que os dirigíais allí.

—Pues bien, monseñor, sí; quiero vaciar esa sanguisuela, que si no morirá ahogada de avaricia y de usuras.

—¿El robo y el asesinato á la vez?...

—Recuperar lo que á uno le pertenece, no es robo castigar á un malvado, no puede ser un crimen...

—No os creia tan hábil casuista, capitán: ¡que sutileza de distinciones!... en fin, mañana volveremos á hablar de eso... por esta noche conceptuo la discusion inútil, puesto que el usurero de Cordes puede dormir tranquilo, porque no saldréis de la abadía...

—Pero eso es una detencion arbitraria...

—Pues que conocéis el derecho tan bien como la teología, ya veis, capitán, que no salgo de los límites de mi poder, como señor, y como abad...

—Yo no veo mas que una cosa, monseñor, y es que me deteneis á pesar mio.

—Caballero de Lacaze... si yo hubiese tenido al hijo primogénito de Adán, bajo los cerrojos de Belleperche, os aseguro que no habria muerto á su hermano.

—Pero al menos mañana quedaré en libertad...

—Mañana veremos: hasta tanto, buenas noches, caballero Lacaze. Espero nos disimulareis que adoptemos ciertas precauciones para evitaros el capricho de infringir la consigna. Como nuestras celdas son muy tristes, nos ha parecido conveniente el daros esta noche por compañeros á Baltasar y á Neptuno.

Baltasar era el mayordomo rural, ó llámese mayoral, de

la inmensa labranza de la abadía: una especie de gigante ancho de hombros, muñecas de hierro y megillas coloradas, verdadero tipo del montañés quercinés, cuyos vigorosos descendientes van siendo cada vez mas raros en los mercados y fiestas del país elevado. El atezado Neptuno, por sus proporciones atléticas y su fuerza extraordinaria, causaba admiración al mismo Baltasar. Evadirse de aquellos dos guardias de corps era cosa imposible, y el capitán fingió resignarse de buena voluntad; pero aquella filosofía aparente encubría un gran proyecto: al seguir á sus guardas á su cuarto, meditaba una venganza digna de él. Baltasar es el depositario del bolsillo de S. I., dijo para sí, y tan jugador como yo... ¡qué buen desquite tomaría de su amo, ganándole todo el dinero...!

Con tan laudable intención, al subir al cuarto del mayordomo, tuvo buen cuidado de hacer que sonase su maleta, y en cuanto el negro desarrollando el colchoncillo que le servía de cama, se tendió junto al mismo umbral de la puerta, se apresuró a sacar como por casualidad una baraja del bolsillo.

Una hora despues, el venerable prior entraba en la habitación del señor de Breteuil, cuando éste concluía su lectura, porque Bonrepos se apresuró á atrincherarse en su cuarto.

—¿Qué ocurre, mi querido prior?

—Monseñor, venid á verlo vos mismo.

El obispo siguió al anciano, y cuando estuvieron junto á la celda de Lacaze, el buen prior le mostró con el dedo el agujero de la puerta por el que los superiores vigilaban á los monges; el obispo miró por allí, y vió á Lacaze sentado en la cama, jugando á los naipes con el Ambrosio del convento: llamó como amo, y fué preciso abrirle. Abandonando al prior el factotum lego de la abadía, rogó al capitán tomase su maleta y volviese al salón, y así se hizo.

—Segun parece, mi queridó huésped, teneis una afición muy decidida al juego... le dijo despues de dar dos vueltas á la llave.

—Qué queréis, monseñor... el oro de ese viejo perillan de Bonrepos me ha escitado esa pasión.

—Y no os maneáis muy mal; mas puesto que en vos esa afición es irresistible, me ocurre una idea: ¿cuánto teneis en esa maleta?

—Treinta mil libras, en buenas monedas de oro.

—¿Treinta mil libras!... Escuchad: al conducirnos á la abadía os dije que la casualidad quizá os proporcionaria un buen desquite.

—Plegue á Dios, monseñor...

—Pues la ocasión ya ha llegado, y sólo depende de vos el aprovecharla.

—¿Cómo!...

—Esta tarde nos hemos batido con la espada, batámonos ahora al ajedrez.

—Con mucho gusto.

—Os juego treinta mil libras... ¿queréis?

—¿Pues no he de aceptar? ¿Pero ha de ser de seguido, monseñor?

—En partida continua.

—En buen hora.

—A vos, capitán...

—Esperad un momento, dijo éste abriendo la ventana y arrojando con frialdad su espada y sus pistolas al Garona; la

suma es muy crecida, y si la casualidad defraudase mis esperanzas, no quiero que me encuentre armado.

La lucha que se trabó en el momento fué larga, grave y silenciosa: los dos adversarios parecían de fuerza igual; á media noche cada uno habia ganado una partida, y la tercera, que era la decisiva, se proseguía con las mismas probabilidades para ambos, cuando de repente el capitán palideció, y su crispada mano cayó maquinalmente sobre el tablero: un golpe brillante que se le habia frustrado por su audacia, acababa de decidir la partida: se sentía malo.

—¡He perdido!... Buenas noches, monseñor, dijo con voz sombría dirigiéndose hácia la ventana.

—¿Qué vais á hacer, capitán?

—Me dirijo al cauce del río, en donde el usurero de Cordes dormiria hace ya cuatro horas, si no hubiera sido por vos.

—Cerrad la ventana y escuchadme: ¿á qué destinábais esas treinta mil libras?

—Monseñor, me atravesais el alma... esa suma era la herencia de mi hijo, y arrancándosela al usurero contaba asegurar su felicidad, que depende de un matrimonio ventajoso, imposible sin dinero. Pero soy un miserable... mi pasión, mi infame pasión me ha hecho perderlo todo...

—¿Caballero Lacaze, sois noble! ¿faltareis á vuestra palabra?

—Jamás, si llego á darla.

—Pues bien, comprometeos bajo palabra de honor á dejar á mi notario el consentimiento para el enlace de vuestro hijo, la promesa de no volver á batiros y de no jugar, y os ofrezco que el usurero de Cordes-Tolosane, que es deudor mío, no os reclamará ya nada, y que dentro de tres semanas, la señorita de Bonrepos se desposará con vuestro hijo el caballero Lacaze.

—¿Hareis todo eso, monseñor?

—Os doy mi palabra.

—Y vos teneis la mía; esta noche misma ire á ver á vuestro cartulario, en seguida marcharé á incorporarme con mi regimiento, y el capitán Antonio de Lacaze en su vida volverá á manejar el florete ni la baraja.

Ambos cumplieron su palabra: el señor de Breteuil interponiendo su influencia con el tesorero para que concediese la mano de María al joven oficial de Languedoc, y el antiguo maton renunciando al juego y á las armas; es cierto que no tuvo que sufrir largo tiempo la pérdida de aquellas dos felicidades, porque seis meses despues sucumbió en un desafío en que tuvo por adversario el caballo mas vicioso de la guarnición. Aquel acontecimiento desgraciado devolvió la calma y el apetito al señor de Bonrepos.

¿Por qué las cosas de la vida tienen siempre un lado brillante, y otro sombrío?... Veinte y cinco años habian transcurrido desde los dos desafíos de Belleperche: el buen Miguel de Bonrepos habitaba la triste mansion en donde, como se suele decir vulgarmente, no se come ni bebe, y el terrible huracán de 1793 soplando sobre la diócesis de Moutauban, habia hecho trizas el báculo del abad, y arrebatado la mitra del obispo. En uno de los días mas fríos de ese riguroso invierno, dos hombres tiritaban entre la paja de un calabozo: el primero, envejecido por los padecimientos y las miserias que floxian sobre aquellos lugares terribles, mucho mas aun que por la edad, parecia tocar los umbrales de la muerte. Los quejidos y sollozos que le arrancaba el dolor, conmovieron á su compañero: se acercó al

moribundo con el mas tierno interés, y comenzó á deplorar la cruel necesidad en que se encontraba de limitar su simpatía á votos estériles. Pero aquel tomándole la mano, y estrechándosela de una manera convulsiva:

—Amigo mio, le dijo, estos males no son nada en comparación de mis faltas... Si tuviese á mi lado un sacerdote, moriria contento.

—¿Es una ilusion?... exclamó el otro con la mayor turbacion: esa voz...

—¡Es la del obispo de Montauban...!

—¿Qué oigo?... ¿con que Bonrepos tenia razon?...

—Si, soy protestante, y llegué á ser casi renegado, ocultando á todos mi creencia por obtener la mano de Maria.

—¡Dios os perdone é ilumine, hijo mio!...

—¿Pues qué no me maldecís por mi mentira y mi perjurio?...

—El que tiene en sus manos todo perdon y clemencia, rogó hasta por sus verdugos...

—Gracias, monseñor, tendreis un sacerdote... aunque debiese costarme la vida le tendreis inmediatamente...



La prison. El señor de Breteuil y el hijo de Lacaze.

—¡Qué!... monseñor, ¿vuelvo á encontraros aqui?... á vos, mi bienhechor... mi padre?...

—¿El jóven oficial de Languedoc... el hijo de Lacaze?...

—Si, ¿el que os debió hace veinte años la mano de Maria de Bonrepos?...

—No os habia conocido: han trascurrido tantos dias fatídicos despues de los bonancibles...

—Animo, monseñor, todavía me restan algunos amigos, y algun crédito, y aunque preso, todo lo puedo hacer...

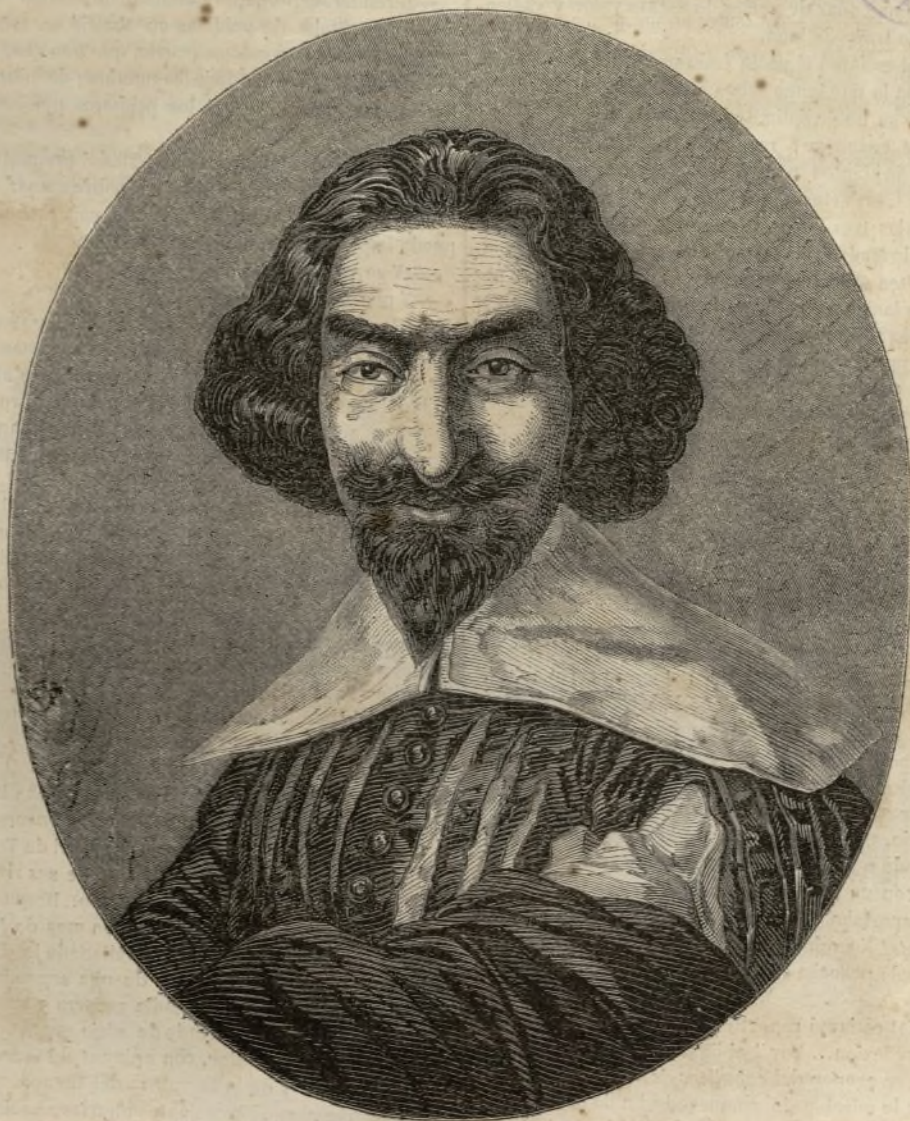
—No podeis hacer más que una cosa por mí, hijo mio, el proporcionarme un sacerdote!...

—¡Un sacerdote, monseñor... mi conciencia me lo prohibe!...

Enrique de Lacaze cumplió su palabra; y merced al reconocimiento de un protestante, el venerable señor de Breteuil consiguió el perdon de algunos pecados veniales, entre las cuales figuraban, como el ex-oficial de Languedoc pudo oír á su pesar, los desafíos á la espada y al ajedrez en Belleperche. Mientras que el sacerdote absolvía á su obispo, el verdugo golpeaba á la puerta de la prison, pero cuando llegó á reclamar su victima, no encontró ya mas que el cadáver del mártir.

Lo que acabamos de referir no es un cuento; es una historia verdadera hasta en sus mas insignificantes pormenores.

## CERVANTES Y AVELLANEDA.



CERVANTES, copia de un cuadro de Velazquez, grabado por Pascal.

En Toledo, por los años de 1644, y en una habitación de pobre apariencia, se veía una cama, varias sillas, un chambergo con pluma colgado en la pared, un mosquete y una daga. Al lado de estos atributos, que mas revelaban la pobreza que el bienestar, había un hombre de crecida cabellera, de espesos mestachos, flaco, con el semblante contraido por los sufrimientos, sentado delante de una mesa, cubierta de cartas, papeles impresos y algunos libros de mezquina encuadernación. Este misterioso personaje era don Miguel de Cervantes Saavedra, á la sazón pagador de los viveres del ejército de Felipe III, merced á la protección de Fernandez de Castro, conde de Lemos, que le había proporcionado esta ocupación, mas espinosa que lucrativa; con

efecto, semejante empleo solamente contribuía á que no se muriera de hambre.

Pero el autor de *Don Quijote*, no pensaba mas que en su libro, considerándose en este momento el mas feliz de los mortales. Tenía á la vista cinco traducciones de todos los idiomas de Europa, y saboreaba con placer treinta cartas, en las cuales los escritores mas ilustres de Alemania, de Italia y de Francia, le colocaban á la altura de Homero, de Virgilio y de Ovidio.

Olvidando que tiritaba de frio, y que aun no se habia desayunado, se embozó orgulosamente en su mugrienta capa, puso su brazo impotente sobre la empuñadura de la espada de Lepanto, y comenzó á dar continuados paseos por

la habitacion como si marchara hacia la cima del Parnaso.

En este momento entró una muger, bella, pero triste por los pesares, ostentando una rica y desordenada cabellera, ciñendo un collar de perlas de escaso valor y vistiendo un modesto traje de lana.

—¡Catalina! exclamó el poeta embriagado de gozo, mira, querida esposa lo que tengo sobre mi mesa.

Y la indicó su noble botín de libros y mensajes

—¿Y eso te envanece? respondió Catalina enjugándose las lágrimas; brillantes parabienes. . . Aun te quedan que repasar estas tres cartas que acabo de recibir.

Y entregó las tres cartas á su marido. La primera era de su editor de Madrid, en la que le anunciaba, que no compraban ya á *Don Quijote* mas que para mofarse de él, y por lo tanto le reclamaba dos mil reales que le habia dado por la obra, ó de lo contrario cerraria la libreria.

—¡Ingrata patria mia! exclamó Cervantes dejándose caer en una silla con las mortales angustias del abatimiento. Traducido y admirado en toda Europa, y desconocido... y despreciado en mi pais! ¿Es esta la recompensa que me dan por la sangre que he derramado en mis campañas, y por mi cautiverio?

En la segunda carta, le prevenia el conde de Lemos, que sus enemigos le habian denunciado suponiendo que abusaba de las riquezas del Estado, y en su consecuencia privaba á Cervantes del empleo que meses antes le habia concedido.

—Otro golpe de mi Zoilo Avellaneda, dijo el hidalgo encogándose de hombros y abriendo la tercera carta.

Esta epistola pertenecia al dueño de la casa que disponia le pagara los meses que habia devengado ó que se mudara.

—Mirame entrar en tu cuarto con las manos vacias, dijo Catalina enrojecida de vergüenza; todos están prevenidos contra nosotros y no tenemos crédito en ninguna parte. Será necesario, pues, que el grande hombre, añadió Catalina procurando sonreír, se desayune con esta corteza de pan frotado con un poco de tocino frito:

¿Qué le importaba esto al soldado de Lepanto, al autor de *Don Quijote*? No miraba mas que el olvido de su obra maestra, y solo pensaba en buscar la manera de hacerla conocer.

—¡Dios mío! exclamó repentinamente, despues de cinco minutos de reflexion... Voy á obligar á la España y al mismo rey á que se ocupen del *caballero de la Mancha*!

Su muger le miraba sin comprenderle; la abrazó con cierta especie de delirio, y se puso á trabajar masticando de tiempo en tiempo un pedazo de pan...

Dos dias y dos noches estuvo corriendo su pluma sobre el papel. No se detenia mas que para reírse y para saltar de alegría como si hubiera descubierto un tesoro.

Tres semanas despues, el folleto anónimo del *Buscapié* aparecia en Madrid, y hacia vender en cuarenta y ocho horas trescientos ejemplares de *Don Quijote*.

¿Qué habia dado origen á esta especie de revolucion? Esto precisamente es lo que va á hacernos saber el conde de Lemos, que ha penetrado sombrío y severo en la habitacion de su protegido.

Cervantes, cansado de haber trabajado tanto, se hallaba en la cama. Su muger que habia estado á su cabecera punteando la guitarra, la suelta y se levanta de pronto á la vista de aquel gran señor.

—¡Huid! dijo éste, ofreciendo su bolsa al escritor; huid, no os detengais, antes que los alguaciles vengan á prenderos.

—¿Prenderle? preguntó Catalina con miedo.

—Sí; se acaba de publicar en Madrid un folleto que os perjudica mucho, donde se prueba que *Don Quijote* es una sátira mordaz; dice que bajo los nombres de héroes imaginarios se critica al rey y á los primeros personajes de la corte.

—¡Con que ese folleto ha dado ruido! preguntó el poeta con ansia incorporándose sobre su pobre cama.

—¡Un ruido infernal! Se espande con profusion sin que pueda impedirlo ni aun la Santa Hermandad.

—¿Y se venden ejemplares de mi obra?

—Y por eso os han mandado prender.

—¡Maravilloso! exclamó Cervantes; he logrado mi objeto.

Cuando *Don Quijote* no era mas que una buena obra, nadie se dignaba hojearla... Mi obra se convierte ahora en un objeto de maledicencia, y todo el mundo la devora. Solo le falta á su autor ser un mártir para llegar al apogeo de la gloria... ¡Que vengan y me carguen de cadenas... yo soy quien he compuesto el *Buscapié*!

—¿Vos? preguntó el de Lemos, comprendiendo la desesperacion de su amigo... ¿Luego ese folleto no es mas que una mentira, y puedo salvaros declarándolo todo al rey?

—¡No hagais tal cosa! exclamó el poeta. Eso seria sumergirme en la oscuridad con mi libro. Dejad que ambos ganemos reputacion por el escándalo y la persecucion. No es culpa vuestra, ni mia tampoco, si el crimen obtiene mejor éxito que el talento.

El conde admiró esta burla sublime, y prometió á su protegido guardar el mas profundo silencio.

—Luego que todo el mundo haya leído el *Quijote*, dijo, habrá tiempo de probar que no es mas que una buena obra.

Aquella misma tarde estaba Cervantes encerrado en uno de los calabozos mas sombríos de la cárcel de Toledo.

Pero la ceguedad pública y el odio de sus rivales fueron mas poderosos que el ardor de su genio. Despues de algunos dias de curiosidad, no se ocuparon mas de *Don Quijote*, porque le hallaban inofensivo; y Avellaneda le dió el último golpe, con la audaz publicacion de una segunda parte del *Caballero de la Mancha*, rapsodia grosera y monótona, en la que Cervantes era calificado de *viejo manco*, *miserable*, *charlatán* y *calumniador*, con aplauso de todos los maestros de la critica y de la literatura del tiempo.

La propagacion de semejantes injurias, habiendo llegado al calabozo del poeta, le obligó á volver á tomar la pluma, en las bóvedas lúgubres, á la triste luz de un día de sufrimiento, y al sonido de los cerrojos que le separaban del mundo, escribió Cervantes la verdadera continuacion de *Don Quijote*, aquella segunda parte, mas admirable todavia que la primera.

Recibió entonces otra visita del conde de Lemos, quien mas hábil que él, meditaba tambien por su lado su plan de ataque y defensa.

Felipe III, habiéndose visto atacado por un obstinado mal de ojos, y viéndose condenado por un mes á la mas completa oscuridad, pidió al gran señor un lector hábil que le distrajera de sus enojos, y le designó este mismo como insigne objeto de estas distracciones el *Don Quijote* de Avellaneda, que el rey no conocia aun.

Una mañana, pues, el enviado del conde de Lemos, llevado por él, se instaló bajo la dudosa y débil luz de la lámpara, en la sombría cámara del nieto de Carlos V, del hijo de Felipe II, de aquel rey que nunca se había reído, que se hallaba á la sazón mas siniestro que nunca.

La primera sesión fué bastante fría, á pesar de la viva elocuencia del lector, que acentuaba y variaba su lectura como si él la hubiese improvisado. El rey, sin embargo, le dijo que estaba contento.

Al día siguiente se verificó la segunda entrevista. El lector se hallaba tan inspirado, que Felipe III creyó que asistía

por todo Madrid. ¡El rey se ha reído! ¡El rey ha lanzado risotadas! ¡El *Don Quijote* de Avellaneda ha hecho este milagro! ¡Victor por Avellaneda!

Y éste se pavoneaba con su triunfo por la corte y por la villa. Se veía felicitado por el rey en su primer besamanos, y elevado á todas las dignidades de la gloria y del genio. En cuanto al pobre Cervantes, sumido en su calabozo, nunca el Zoilo y sus amigos le habían humillado con tantas injurias y tantos epigramas.

El único sentimiento de Avellaneda era no poder conocer y abrazar al lector que tan singulares atractivos había dado



Cervantes, su esposa y el conde de Lemos.

á la representación de una comedia. Veía y escuchaba á don Quijote, á Sancho y á los demás personajes, como si hubieran estado hablando en la cámara. Se dignó sonreír, y dijo:

—¡Me gusta mucho!

La tercera sesión quebrantó completamente el carácter glacial del monarca; cautivado con la lectura, no tuvo en cuenta las horas que transcurrían... El lector animado redobló su verbosidad, y Felipe III, lanzando en fin una estrepitosa carcajada, exclamó como un simple mortal:

—¡Encantador! ¡Soberbio!

Esta nueva se propagó primero por palacio, y después

á su obra. Pero llevado todos los días por el conde de Lemos, este lector se ocultaba á las ovaciones públicas con una incorruptible modestia que no conocía igual.

Las sesiones continuaron siendo cada vez mas largas y mas animadas. El rey no tenía ya oídos mas que para *Don Quijote* y su intérprete. Olvidaba los asuntos de España y los de las Indias, á sus abuelos, á la etiqueta, sus enojos y sus dolores, por las hazañas del buen caballero, los proverbios de Sancho, las aventuras de Dulcinea, y el gobierno de la isla Barataria... Eran accesos de hilaridad continua, pasajes vueltos á leer, agudezas repetidas y aplicadas á los

cortesanos por el augusto enfermo. En una palabra, S. M. era tan dichoso como el mas pobre diablo del imperio.

El resultado de tan continuados placeres fué la cura del rey. Su entrada en palacio y el besamanos general se verificaron una semana antes de lo esperado. Todo Madrid manifestó su alegría al ver tan singulares efectos, y Avellaneda no pudiendo contener su orgullo, se arrojó para comprar vestidos de etiqueta hechos con el mayor lujo para presentarse delante de Felipe III.

Llegó el día señalado y la multitud inmensa desfilaba por delante del monarca rindiéndole pleito-homenaje. Avellaneda, conducido por el duque de Lerma, primer ministro, vestido como un potentado con su capa bordada, y armado de un ejemplar magnifico de su *Don Quijote*, dobló la rodilla delante S. M. y le hizo el homenaje del libro que tuvo la gloria de divertirle tanto.

—Decid de curarme, respondió el rey, y pedidme lo que querais.

Avellaneda encuentra ingenioso reclamar el empleo de Cervantes en Toledo, con un grado superior, y con una doble asignacion. Y Felipe III iba á concederle la peticion, cuando el conde de Lemos se acercó llevando de la mano á un hombre pobremente vestido, cuyo aspecto arrancó un grito á todos los alli presentes.

—¡Cervantes aqui!

—Si, Cervantes, respondió el conde; el autor y el lector del verdadero *Don Quijote*, de aquel que os ha encantado veinte dias, señor, y al cual el señor Avellaneda es completamente extraño. Perdonadme haber dejado libre bajo su palabra á uno de vuestros prisioneros, y encontrado esta ocasion de revelaros un talento calumniado cerca de V. M.

Y al mismo tiempo, Cervantes presenta al rey el manuscrito que habia leido en su cámara, y que Felipe III reconocia por los pasajes; cuyos recuerdos le hacian reir todavía.

Reir, era tambien perdonar. Cervantes refirió que él mismo habia escrito el *Buscapie*, y declaró que no habia ni una palabra ofensiva en el *Caballero de la Mancha* (sus lecturas lo habian ya probado al rey); en fin, que su único crimen era haber sido denunciado por el señor Avellaneda y sus amigos.

—Muy bien, dijo el rey abriendo al fin los ojos; me habeis devuelto dos veces la vista, y por lo tanto os toca decir, que es lo que de mí solicitais.

—La impresion de mi libro á espensas del Estado, contestó modestamente el poeta, con las notas y los comentarios de los estrangeros que le han apreciado y avalorado antes que sus compatriotas.

—Os prometo ese honor, dijo Felipe dándole á besar su real mano; y añado lo que iba á otorgar al señor Avellaneda. Despues de haber hurtado vuestra obra necesitaba ademas vuestro empleo.... Le ocupará en seguida.... y ahora mismo partirá á la prision de Toledo.

Asi fué vengado Cervantes y castigado su indigno plagiario. Pero... ¡ay! estaba escrito que el mismo rey no le libertaria de su cruel destino.

Avellaneda volvió á estar libre y logró enriquecerse, mientras que el hombre de verdadero genio caía en el olvido y en la miseria... Siglo y medio despues de su muerte cumplió España la promesa de Felipe III publicando una edi-

cion nacional de *Don Quijote*, enriquecida con todos los atributos de la ciencia, de las artes y de la industria castellana.

Nos referimos á la edicion en cuatro tomos en 4.º con grabados que se dió á luz en 1780 bajo la direccion de la *Academia Española*, con una estensa biografia de Cervantes escrita por don Vicente de los Rios.

L. A. B.

## LAS CAPAS Y SOMBRERONES,

### O EL MOTIN DE ESQUILACHE EN 1766.

(Conclusion.)

#### VI.

Entre los religiosos que procuraban mas ansiosamente contener la furia de los alborotadores, se hallaba un religioso de San Gil, natural de la villa de Consuegra, hombre de gran crédito entre las masas, de una vida y costumbres ejemplares, y que se llamaba el padre Cuenca. Ofrecióse este religioso á ir en nombre del pueblo á hablar al rey, y presentóse en palacio de una manera sumamente singular y dramática. Iba con la cabeza cubierta de ceniza, con una soga puesta al cuello, y un crucifijo en las manos; de esta manera entró en el palacio real, y se presentó delante de Carlos III, al que hizo un cristiano razonamiento, haciendo ver que el furor tan grande engendrado en el corazon del pueblo, lo habian ocasionado los desastres de los guardias walonas, persuadiendo á S. M. que debia perdonar aquellos escesos y remediarlos; que todo se conseguiria con conceder á los alborotadores lo que pedian, manifestándose S. M. á la vista de ellos en persona, porque solo su presencia calmaria tanta tempestad, y los alborotadores se retirarian, dándose disposicion para que jamás volviese á turbarse la tranquilidad, añadiendo que sin esto no se retirarian, fundándose en que toda la soberbia con que se presentaban nacia de la union y grueso cuerpo á que habian llegado, y que desbaratado éste, cada uno procuraria ocultar el haber tomado parte en tan temeraria accion por el justo miedo que debia infundir el respeto al castigo, en cuyo caso S. M. seria árbitro de abolir cuanto ahora ofreciese por la fuerza, pues que ni por leyes divinas ni humanas se hallaba obligado á su indispensable cumplimiento, lo que justificaria con razones si el tiempo diese lugar á ello.

Este razonamiento del padre Cuenca, en que por una parte se hacia el eco de los clamores del pueblo, y por otra insinuaba al rey que calmada la tormenta era árbitro de cumplir ó no cumplir lo que ofrecia, discursó en que no brilla la franqueza del tribuno ni la sinceridad del religioso, hizo mella en S. M., le persuadió unido á lo apremiante de las circunstancias, y desde luego dijo que condescenderia con lo que los alborotadores le suplicaban. No faltaron en medio de la corte algunas personas que suscitasen recelos en el ánimo del monarca, y procura-

sen evitar que se presentara á los alborotadores, recelosos de que cometieran algun desman con su augusta persona. Entonces el padre Cuenca, lleno de grande emocion, doblando la rodilla le dijo al rey: *Señor, nada tema V. M. porque sus vasallos en medio de la temeridad que hacen hoy, no desean otra cosa mas que ver la real persona de V. M. á quien veneran y aman con una ciega lealtad, y desde luego ofrezco mi cabeza al cuchillo, cuando alguno de ellos haga el mas leve movimiento, antes bien verá V. M. como en confusa griteria se exhálan sus corazones llenos de repetidos vías.*

El rey se decidió á ver á los alborotadores, y encargó al padre Cuenca que fuese á llevarles esta noticia, y procurase calmar la exaltacion en que se hallaban.

En tanto que el padre Cuenca, lleno de jubilo salia á noticiar á las turbas la resolucion del monarca, se celebró una especie de consejo repentino entre los principales dignatarios que rodeaban al rey, de como debia conducirse S. M. en aquellas criticas y apremiantes circunstancias. El rey mandó que hablase el mas moderno de los dignatarios que se hallaban reunidos en aquel momento, y éste fué el duque de Arcos, teniente general, capitan de la primera compañía de reales guardias de corps, el cual dió su dictámen sin consultar á las circunstancias, ni mas que á la ofensa que sufría en aquel momento la dignidad de la corona.

Fué su dictámen, que con sus guardias de infanteria se pasase á cuchillo á todos los alborotadores, que de este modo tomarian escarmiento todos los demas, y que de no ejecutarlo asi, se daba motivo, á lo menos debia recelarse, á que todo el reino se sublevára á imitacion de la corte. Con desagrado oyó el rey este dictámen, mas en armonía con el genio altivo y guerrero del duque, que con lo apremiante de las circunstancias y con lo que dictaba la política.

Siguió emitiendo su dictámen el conde de Gazota, comandante general de artilleria, el cual enteramente aprobó el voto del duque de Arcos, añadiendo que para mas pronta ejecucion de tan justo castigo, se sacase la artilleria que estaba en el almacen de la puerta de los Pozos, y con dos pequeñas baterias se barriese con bala menuda las calles con toda ligereza.

Mandó S. M. callar, y pidió dictámen al conde de Priego, teniente general, coronel del regimiento de reales guardias valonas, el que se conformó en un todo con los dos votos anteriores, porque se hallaba naturalmente irritado contra los alborotadores por haber manifestado el mayor odio contra la tropa de su mando.

El marqués de Sarria, teniente general y coronel del regimiento de guardias españolas, manifestó que no cediendo en valor ni energia á ninguno de los anteriores, no se conformaba sin embargo, con su opinion. Hizo ver que los alborotadores, aun en medio de su temeridad, ensalzaban con repetidas aclamaciones el glorioso nombre de S. M., que hasta ahora no habia experimentado insulto alguno de sus procedimientos, y en fin, señor, dijo poniéndose de rodillas, á los pies de V. M. está este baston y todos los empleos militares con que V. M. me ha honrado; si tales votos tuviesen efecto. Levantóse despues y prosiguió: mi parecer es, señor, que V. M. se digne conceder á los alborotadores lo que ansiosamente suplican, que es ver su real persona; su vista será sin duda, el soberano iris de paz que serene esta

que parece fuerte tormenta, y es solo en realidad una confusa griteria, y porque V. M. conozca de una vez lo que son sus vasallos españoles, mi cabeza está pronta al cuchillo, cuando V. M. experimente, aunque se meta entre los alborotadores, otra cosa mas que repetidas y fervientes aclamaciones, porque ven en V. M. un buen padre de todos sus vasallos, que vence y sosiega los alborotos de sus hijos, y mas hijos españoles cuya fidelidad, respeto y veneracion á sus reyes está demostrada en la historia, y admirada en todo el mundo.

El conde de Oñate, mayordomo mayor de S. M. aunque no tenia por su cargo derecho á emitir su dictámen, fué habilitado por el rey y se conformó en un todo con el anterior, pronunció un discurso en apoyo del mismo, disculpando á los alborotadores, é increpó fuertemente la conducta del marqués de Esquilache.

Cerró la junta el conde de Revilla-Gigedo, capitan general, presidente del Consejo de la Guerra, el cual manifestó que los tres primeros votos que propendian al rigor, si bien habian sido dictados por la fidelidad mas acendrada no podian tener gran peso, porque el primer voto del duque de Arcos debia reputarse parcial, en atencion á que sus guardias habian sido apedreados por los alborotadores; tampoco el voto del conde de Gazota porque era pariente, afecto y paisano del marqués de Esquilache, contra quien se dirigia el movimiento; que lo mismo sucedia con el marqués de Priego que habia recibido un insulto en la crueldad con que habian sido tratados los guardias valonas; y que estaba enteramente de acuerdo con los tres votos restantes que opinaban por la prudencia y porque se apaciguase con la presencia de S. M. el tumulto.

El rey se decidió inmediatamente despues que hubo oido al presidente del Consejo de la Guerra, y mandó que se dejase entrar á cuantos quisiesen en la plazuela de palacio.

En tanto el padre Cuenca, habia salido á encontrarse con los alborotadores, y persuadirles de las buenas disposiciones en que se hallaba el rey. Se presentó á exhortarles desde un balcon de la Plaza Mayor, y no pudiendo comprender lo que todos á la vez le pedian en confusa griteria, les dijo que se lo dieran por escrito, é inmediatamente sacaron una mesa de una taberna, y en la misma Plaza Mayor escribió un sacerdote las peticiones, dictándoselas los que hacian de cabezas de los amotinados.

Este papel lacónico, sencillo, contenia los ocho capitulos siguientes:

- 1.º Que se destierre de los dominios de España al marqués de Esquilache con toda su familia.
- 2.º Que hubiese ministros españoles en el gobierno.
- 3.º Que se extinguiese la tropa valona.
- 4.º Que los comestibles se pusiesen á precios mas moderados.
- 5.º Que se suprimiese la junta de abastos.
- 6.º Que se retirasen las tropas españolas á sus respectivos cuarteles.
- 7.º Que se conservase el uso inmemorial de la capa larga y el sombrero redondo.

Y 8.º Que se suplicase á S. M. rendidamente se dignase salir á la vista de todos y que quedasen con su real presencia perdonados los excesos cometidos hasta entonces.

Los amotinados hicieron hábilmente intercalar el capítulo 4.º en que se pedia la baratura de los comestibles, por-

que entonces se hallaba el pan de dos libras á 12 cuartos, la libra de jabon y de aceite á 18 cuartos, la de tocino á 20, y pedían que se rebajasen todo cuatro cuartos.

Tomó el P. Cuenca el papel, y acompañado de todos llegó hasta la plazuela de Palacio; subió solo á la presencia del rey, y puesto de rodillas con copiosas lágrimas rogó al monarca que accediese por entonces á lo que suplicaba aquel confuso y alborotado pueblo, repitiendo al rey que sin embargo, no estaba obligado de ningún modo á llevar despues adelante lo que ahora ofreciese. El rey se hallaba decidido á ceder, y ofreció presentarse ante el pueblo. Bajó el P. Cuenca lleno de gozo y se colocó á un lado de la puerta principal del palacio esperando que el rey se presentase á la vista de todos en el balcon.

Apareció en él Carlos III, y una unánime y confusa gritería de vivas, arrojando hombres y mugeres sombreros y mantillas al aire, saludó la presencia del monarca.

El padre Cuenca, subiendo sobre un poyo á la derecha del real balcon donde S. M. estaba, procuró sosegar aquella confusa y desordenada alegría, y previa la venia de S. M. hizo un breve, elocuente y sentido sermon, elogiando las altas prendas del rey; celebrando su piedad, pues la tenía con aquellas gentes que habian abusado de ella, y al mismo tiempo espresando que concedia cuanto le habian suplicado; exhortó á todos á que se retirasen á sus casas á cuidar de ellas y de sus familias, y que agradeciesen la clemencia de S. M. escitándoles á amar y reverenciar á aquel gran rey, el mas católico y justificado de la tierra.

Apenas habia concluido el P. Cuenca, cuando los vivas se redoblaron con mas ardor, con mas insistencia, con mas entusiasmo. Saludó el rey á aquella alborotada muchedumbre, y se retiró satisfecho al parecer en su semblante, empero humillado en su interior porque la magestad del trono habia sufrido un rudo y fuerte golpe.

Eran las seis de la tarde cuando se concluyó esta escena, y la muchedumbre se esparció contenta, satisfecha y triunfante por las calles de la capital.

Pocas horas despues volvieron innumerables tropas de hombres, mugeres y niños con palmas y panderas manifestando en alegre confusion y grandes vivas la satisfaccion que les cabia por el triunfo que habian conseguido; hicieron bajar de los balcones las palmas que el dia antes habia bendecido la iglesia en solemnidad del Domingo de Ramos, y se presentaron con ellas en la plazuela de Palacio. Pudiera decirse que mas que á vietorear á su rey se presentaban triunfantes á ostentar en sus manos el signo de su triunfo!....

En aquellos tiempos en que la fé aun estaba viva, en que las practicas religiosas ocupaban el primer lugar, quiso el pueblo tambien asociar á las demostraciones de gratitud por la concesion arrancada al monarca un grande y adornado rosario, que guiaba un estandarte de Nuestra Señora conducido por un religioso de Santo Tomás: y fué tanta la multitud de gente que se incorporó á una y otra fila del rosario que duró su transito por debajo del balcon del palacio real mas de una hora: llevaban en este rosario y procesion la imagen de Nuestra Señora de aquel nombre en andas sobre los hombros de cuatro religiosos del mismo orden, y detrás iba una inmensidad de mugeres.

Así terminaron los sucesos del Lunes Santo; sucesos infaustos por cierto y humillantes para el trono; sucesos en

que el pueblo abandonado á su furor habia causado muchas víctimas, contándose entre ellas mas de cuarenta muertos que perecieron ya defendiendo al gobierno, ya por tener únicamente contra sí el odio popular.

## VII.

En las altas horas de la noche de aquel dia, á las dos de la madrugada, cuando los amotinados se habian retirado á sus casas á descansar de las fatigas y de la agitacion del dia, el rey Carlos III, con toda su familia y acompañado del príncipe Esquilache que habia hallado hasta entonces un refugio en el palacio real, salia solo y á pie hasta la puerta de San Vicente, donde tomando dos coches que estaban prevenidos se dirigió en el silencio de la noche al real sitio de Aranjuez.

Los guardias walonas tambien casi á la misma hora abandonaban su cuartel y se dirigian á aquel mismo sitio, reemplazándoles cincuenta guardias españolas que ocuparon el cuartel.

A la mañana siguiente, Martes Santo, apenas el pueblo de Madrid supo la fuga del rey Carlos III cuando vuelve á encenderse la ira, se inflaman los ánimos, y toman una actitud amenazadora proclamando que el rey habia huido desconfiando de la lealtad del pueblo. Marchan inmediatamente á casa del gobernador del Consejo, obispo de Cartagena, lo hacen levantar de su cama, y aquel prelado amedrentado promete cuanto le exigen los alborotadores, quienes le obligan á entrar en su coche para que se dirija al real sitio de Aranjuez con el indispensable encargo de volver al dia siguiente con S. M. Una multitud inmensa de hombres y mugeres rodea su coche gritando que vaya á traer el rey para que su vista restituya la calma á la corte.

Rodeado de estas turbas, y mas muerto que vivo llega el prelado, presidente del Consejo de Castilla, hasta el puente de Toledo, mareado con las continuas demostraciones de hombres que subiendo en los estribos del coche le hablan en los terminos mas llanos y familiares. Sin duda los que dirigian el alboroto calcularon que no convenia el que el obispo llegase á Aranjuez, porque pudiera suceder que informase contra ellos al rey y no volviese. Así es que de repente mudan de determinacion, hacen retroceder el coche hasta la casa del presidente del Consejo de Castilla, y le obligan á que escriba una carta á S. M. manifestándole el sentimiento de la poblacion por su ausencia y la urgencia de que se restituyese á ella.

El obispo escribió esta carta á presencia de muchos de los alborotadores que habian subido á su casa, empero los que se hallaban en la calle exigieron que se leyese públicamente en alta voz para que todos quedasen enterados de su contenido, y exigieron que no lo hiciese el secretario ni ningun otro individuo del Consejo de Castilla, á fin de que no leyese una cosa por otra. Determinóse entonces que leyese la carta uno de los mismos alborotadores, mas precisamente entre los que habian subido á casa del presidente del Consejo no habia ninguno que supiese leer. Entonces uno cogió la carta de manos del obispo y se la entregó á un muchacho de siete á ocho años que la leyó, y oido su contenido dijeron todos que estaba bien, y que así debia ir á S. M. Firmóla

en presencia de todos el obispo presidente, y habiéndola cerrado la entregó á uno de los alborotadores llamado Diego Avendaño, natural de la villa del Toboso, priorato de Uclés en la Mancha. Este se encargó de ponerla en mano propia del rey Carlos III, y habiéndose hecho dar dos caballos de posta marchó rápidamente á llevar la carta.

Impacientes aguardaban el éxito de esta misión los directores del movimiento de Madrid, y trataron de precaver cualquier suceso funesto que pudiese sobrevenir, pues temían que puesto el rey en seguridad y rodeado de tropas quisiese reducir á la obediencia á los sublevados. Dieron á la capital un aspecto guerrero; tomaron todas las armas que había en el cuartel de inválidos; se apoderaron de los fusiles y bayonetas que había almacenados en la Puerta del Sol, y de veinte y dos cajones que por casualidad entraron aquel día para el nuevo regimiento de la Princesa, y que cada uno contenía diez fusiles con sus bayonetas; se apoderaron de toda la pólvora y balas, y ocuparon el almacén de pólvora que se hallaba junto á Carabanchel de Arriba, donde pusieron una guardia de trescientos hombres con órden terminante de que si acaso les era preciso desalojarlo por fuerza lo volasen antes; se apoderaron de todas las puertas de Madrid, no dejando salir carruaje alguno y haciendo volver atrás á los que conducían el equipaje del rey y real familia; detuvieron igualmente todas las postas que salían para Aranjuez, no dejando pasar ninguna sin que antes reconociesen detenidamente los pliegos que llevaban, y dejando pasar adelante solo las que llevaban resoluciones favorables al pueblo, pues las demás se hacían retroceder á Madrid. En medio de este alboroto, y como era natural y sucede en casi todas las revueltas, se dejó entrar por las puertas á cuantos llegaban, sin verificarse el registro y adeudo de derechos.

Todo el día del martes y la noche se pasó en esta agitación. Las gentes disparaban muchos tiros al aire, y todo hacía preveer mayores desgracias para el día siguiente. Las tabernas se dejaron francas y los bodegones, y las gentes del pueblo recorrían las calles á los gritos de *viva el rey*, *muerá Esquilache*, disparándose al mismo tiempo como hemos dicho, repetidos tiros al aire.

A la mañana siguiente, Miércoles Santo, á poco mas de las nueve llegó de Aranjuez Avendaño, y entrando por la puerta de Toledo, agitando sobre su cabeza un pliego, iba convocando la gente para la Plaza Mayor. El fué á casa del gobernador del Consejo, quien convocó inmediatamente al Consejo de Castilla para la lectura de la contestación que traía á la carta que había escrito. Reunido el Consejo de Castilla se dirigió á la Plaza Mayor, guiando el coche del gobernador del Consejo el mismo Avendaño que se colocó en el pescante é iba enseñando la carta y gritando á todos: *esta es la respuesta de S. M. que se va á leer en la Plaza Mayor á presencia de todos!*....

Entraron los consejeros de Castilla en la casa de la Panadería real, y colocándose en el balcón principal, se leyó públicamente la respuesta de S. M., habiendo asistido constantemente el referido Avendaño entre los señores del Consejo de Castilla, y al lado de su presidente. Cuatro ó cinco veces hubo que leer la respuesta de S. M., para que se fuese enterando la multitud que se iba reuniendo, hasta que se imprimió con brevedad y se arrojó á millares de ejemplares desde el balcón de la Panadería, para que nin-

guno careciese de saber la providencia de S. M. Este documento, ciertamente curioso, y que nos ha parecido conveniente insertar, es el siguiente:

«Ilustrísimo, señor.—El rey ha oído la representación de V. S. I., y con su acostumbrada clemencia asegura sobre su real palabra que cumplirá y hará ejecutar todo cuanto ayer por su piedad y amor al pueblo de Madrid ofreció.

«Y lo mismo hubiera acordado desde este sitio y cualquiera otra parte donde hubieran llegado sus clamores ó súplicas; pero en correspondencia á la fidelidad y gratitud que á su soberana dignación debe el mismo pueblo por los beneficios y gracias con que le ha distinguido, y á la grandeza de que acaba de dispensarle, espera S. M. la debida tranquilidad y sosiego, sin que por título ni pretexto alguno de quejas, gracias ni aclamaciones, se junten en turbas, ni formen reuniones; y mientras tanto no den pruebas permanentes de dicha tranquilidad, no cabe el recurso que hacen ahora de que S. M. se les presente. Dios guarde á V. S. I. muchos años, como deseo.—Aranjuez, 23 de marzo de 1766.—Manuel de Róda.—Señor obispo gobernador del Consejo.»

Vibrantes, terribles, atronadores vivas al rey fueron la contestación á esta carta; y poca á poca la multitud, aquella muchedumbre inquieta y amenazadora, se retiró á sus casas, entregando pacíficamente las armas en los cuarteles y demás parajes de donde las habían tomado. Madrid quedó en el mayor sosiego, y no volvió á reproducirse la agitación.

Avendaño había sido el héroe de este día: él había sido el embajador que el pueblo envió á su rey. Curiosos son los detalles de cómo cumplió tan difícil misión. Avendaño se presentó al rey y le habló con grandísimo desembarazo; le hizo presente los deseos del pueblo, y le pintó en su lenguaje la conducta del marqués de Esquilache. Chocóle al rey el despejo y desembarazo de aquel hombre, y mandó después de oírlo que le diesen una gratificación en dinero; empero Avendaño, con un desinterés superior á su clase, contestó que iba á sacrificar su vida en defensa del rey y de la patria, y que no le estaba bien tomar dinero alguno, porque sería un superior motivo para esponerse á las iras del pueblo si lo supieran, pero que pues había tenido el alto honor de estar en la real presencia de S. M., le suplicaba rendidamente le indultase dos años de presidio, del que se había escapado, y le ocupase en su real servicio ó en lo que fuese de su real agrado.

El rey perdonó desde luego á Avendaño, y le concedió una plaza de guarda de á caballo en la renta del tabaco para la ciudad de Santiago de Galicia, y además mandó que le diesen cincuenta doblones para proveerse de armas y caballo.

He aquí lo que son las revoluciones: un criminal escapado de un presidio se presenta ante uno de los reyes mas poderosos de aquella época, y lleva en sí la representación del pueblo, de todos los habitantes de la capital de las Españas.

El Jueves Santo con el mayor sigilo se dispuso la salida de Aranjuez del marqués de Esquilache, el que se dirigió al puerto de Cartagena bajo la custodia de un oficial de la guardia española, quien lo entregó al gobernador de aquella plaza, y desde allí se embarcó para su patria. En ella disfrutó del producto de las depredaciones que había ejer-

cido durante su fatal ministerio, ministerio que estuvo á punto de costar el trono al buen rey Carlos III, y que le causó un pesar profundo, del que no se consoló hasta su muerte.

### VIII.

La direccion del movimiento de estos dias permaneció oculta, solo se vieron sus efectos; empero el motin de Esquilache, que es el nombre con que la historia ha conservado el recuerdo de esta grande agitacion, no fué un motin comun y ordinario, efecto de la efervescencia repentina é improvisada del pueblo, fué un plan llevado á efecto con maduro exámen, ejecutado con talento y perseverancia, y que dió el fin que se habia propuesto.

Observábase que en la mayor fuerza del alboroto andaban algunos embozados en traje tosco de mozos de carbon, pero que por la finura de sus modales, por la limpieza de su camisa, pertenecian á clase mas elevada que la del pueblo. Observábase que á estos se arrimaban de vez en cuando algunos de los otros de las cuadrillas en que se habia dividido el alboroto, como para recibir sus órdenes, y que recibidas salian á repetirlas á los diferentes grupos. Se observó que en la noche del Martes Santo, en que los alborotadores anduvieron dispersos por las calles y con armas, no ocurrió desgracia alguna, y solo se vió que entraron en cuantas tabernas y bodegones hallaron, comiendo franca y llanamente, y que al dia siguiente se presentaron varios embozados, preguntando el gasto que se habia ocasionado el dia y noche antecedentes, y todo fué pagado con la mayor puntualidad. En una botica de la calle del Clavel, habiéndose llegado el pueblo á pedir al boticario alquitran, y habiéndolo rehusado dar, se irritaron, rompieron las redomas y botes, y causaron un considerable destrozo en la botica. El Jueves Santo llegó un embozado á la botica, y llamando al boticario le preguntó, despues de haber trabado diestramente y con disimulo conversacion con él, que á cuánto podia haber ascendido el daño que le habian causado los alborotadores en la noche que pidieron el alquitran; respondióle que si le hubieran de pagar todo el destrozo, ascenderia lo menos á sesenta duros; y entonces el embozado, manifestándose compadecido de su desgracia, le entregó en el acto la misma cantidad.

Tambien al dia siguiente se depositaron en la casa del ayuntamiento cuatro mil duros por una persona desconocida, con el objeto de renovar los faroles de la poblacion, que en el acto de la revolucion habian sido hechos pedazos.

El conde de Aranda subió al poder en reemplazo de Esquilache.

Jamás desde entonces ha vuelto á ocupar el ministerio un extranjero.

El motin de Esquilache tuvo una importancia inmensa. En aquel tiempo fué un ejemplo terrible dado á los pueblos de Europa, enseñándoles que la magestad de los reyes podia ser humillada ante sus exigencias. Aun no habia sonado la hora de la revolucion francesa, que debia alterar y cambiar las teorías de los pueblos, y romper la cadena tradicional de respeto y veneracion con que los reyes eran mirados como los representantes de Dios sobre la tierra; así la herida mortal que recibió la monarquía en la persona de Carlos III, fué inmensa, profunda, y el rey la apreció en toda su estension. Jamás volvió á la corte de Madrid, y la muerte le sorprendió en 1788 en el real sitio de Aranjuez. Jamás olvidó tampoco los dias amargos de la Semana Santa de 1766. Trató de investigar el origen de aquel desgraciado suceso; lo estudió, calculó profundamente sus causas, y las conservó sin embargo ocultas en su pecho.

Al año siguiente, 1767, el 2 de abril, en un mismo dia, á la misma hora, en todos los ámbitos de la monarquía española, las autoridades abrieron un pliego que con anticipacion les habia sido dirigido, con el encargo de que no lo abriesen hasta aquella hora, y encargándoles la ejecucion en el acto: todos los conventos de la compañía de Jesus fueron repentinamente é improvisamente ocupados; los religiosos, custodiados entre bayonetas, sin permitirles sacar mas que el hábito y el breviario, fueron dirigidos á Cartagena, Santander y otros puertos, y embarcados para la Italia: las inmensas riquezas que poseian fueron ocupadas inmediatamente.

Esta fué una medida que por lo grave en aquellos tiempos admiró al mundo, que por la inflexibilidad y rigor con que fué ejecutada aterró, y que por la reserva que se guardó de los motivos que la produjeron, dió lugar á muchos y encontrados comentarios. El año de 1774, Clemente XIV, á instancias del mismo rey Carlos III, decretaba la estincion de la orden regular de los jesuitas.

Quizá algunos creerán inoportuna la reunion de estas fechas: 1766, en que es derrocado el poder del ministro y favorito de Carlos III; 1767, en que son espulsados los jesuitas, y 1788, en que Carlos III, uno de los reyes mas distinguidos y mas sabios que han ocupado el trono español, muere en Aranjuez, despues de haberse ausentado voluntariamente de Madrid por tantos años!

¡Nosotros las presentamos solo á la meditacion de nuestros lectores!

EL CONDE DE FARRAQUER.